

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 286

BUENOS AIRES, JUNIO 15 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



KURT G. WILCKENS

SUMARIO DE ESTE NUMERO :

El quinto aniversario del asesinato de Wilckens—“La síntesis anarquista” de Sebastián Faure, LUIS FABBRI.— La situación general y lo que deben hacer los trabajadores, RUDOLF ROCKER—En recuerdo de Landauer, “Der Syndikalisi”.—Federalismo y anarquía, ERRICO MALATESTA— La igualdad, realización de la justicia, SPARTACO ACRATE— Psicología de la violencia política, EMMA GOLDMAN.— Los elementos fundamentales de la organización social, PIERRE RAMUS—El comunismo anarquista, PEDRO KROPOTKIN.—Luna nueva, Dr. FABIO LUZ—El apóstol, H. M. Baquero—BIBLIOGRAFIA

El quinto aniversario del asesinato de Wilckens

El 16 del presente mes se cumple el quinto aniversario del asesinato de Kurt Wilckens; aun nos parece que hubiera sido ayer, tan patente está el recuerdo y tan viva está en nuestra memoria la figura de aquél buen compañero.

Han pasado muchos acontecimientos desde entonces; la atención de los anarquistas se ha visto distraída intensamente por tragedias como la de Sacco y Vanzetti, por la invasión de las dictaduras, por las ruinas de nuestro movimiento y por las lágrimas de millares, de decenas de millares de presos, de perseguidos, de deportados. La historia de los últimos cinco años ha sido una historia dolorosa para nosotros, que hemos visto caer en ruinas tantas fuerzas de libertad y progreso. Pero Wilckens, el mártir vilmente asesinado, queda más vivo que nunca en el recuerdo popular y especialmente en el recuerdo de los anarquistas. Su figura se agiganta a medida que pasan los años y nosotros, al solo pensamiento en el pobre amigo y compañero, templamos nuestra fe y afirmamos nuestra voluntad de lucha. Wilckens es algo así como una buena estrella que nos orienta y nos guía en el camino escabroso de la dura contienda por el pan y la libertad, por la justicia y la solidaridad.

El porvenir sabrá honrar la memoria de este mártir y de este héroe como la honramos nosotros, desde el fondo de nuestro corazón. El nombre de Wilckens merece figurar en la historia entre los más puros símbolos de la justicia.

No ha muchos días los anarquistas de la Argentina, por contraste, pensaron en Wilckens, en su acto justiciero, en su sentido de la responsabilidad y en su nobleza de alma.

El 23 de Mayo se produjo en el consulado italiano de esta capital una explosión que originó un tendal de víctimas: 10 muertos y una cuarentena de heridos. Las circunstancias de esa explosión nos ha llevado en estos últimos tiempos a un esfuerzo para esclarecer nuestra concepción de la lucha revolucionaria, eludiendo toda solidaridad con un crimen que repugna a la conciencia moral de los anarquistas. No sabemos todavía lo que saldrá de las investigaciones policiales, que motivaron más de 500 arrestos, centenares de allanamientos de domicilio y una campaña antianarquista de la prensa burguesa. Pero salga lo que salga de esa

razzia, los anarquistas no pueden menos de protestar contra la facilidad con que policías y periodistas se complacen en relacionarnos con toda suerte de hechos violentos. Pero esta vez que hemos hablado enérgicamente, que hemos condenado los hechos terroristas que tuvieron lugar a fines de mayo con un lenguaje más decisivo que el de la prensa burguesa, más de un extraño quedó confundido: ¿Cómo? ¿Los que no se cansan de clamar su solidaridad con Radowitzky y con Wilckens, hacen frente a los últimos actos de terrorismo en términos tan absolutamente condenatorias?

Vale la pena transcribir algunas reflexiones que nos han sido sugeridas por los hechos a que aludimos y en las cuales, podemos asegurar, el pensamiento de Wilckens nos ha servido de guía y de inspirador.

Al día siguiente al del atentado al consulado italiano decíamos: "El fascismo nos ha traído una mentalidad inclinada a la violencia extrema y bestial junto con una indescriptible cobardía. Los crímenes del fascismo tienen todas esas características: la violencia y la cobardía. Por eso se hacen tan repulsivos, por eso no hallan apologistas más que en los reaccionarios de espíritu servil, en los lacayos del éxito, cualquiera que sea.

"Entre un hecho revolucionario y un hecho fascista (el fascismo puede estar también en el antifascismo lo mismo que en los fascios de Mussolini) media el abismo que hay entre la responsabilidad y la irresponsabilidad, entre la conciencia y el salvajismo.

"Un hecho revolucionario está impregnado siempre de humanidad, de claridad de propósitos, de sentimientos de responsabilidad. Un Wilckens interpone su cuerpo para que la bomba destinada al teniente coronel Varela no hiriese a un niño, y luego reivindicó su gesto noblemente, explicando los motivos que lo llevaron a la acción extrema. Los anarquistas no vacilaron en defender con toda pasión al vengador de las masacres de la Patagonia. Han pasado ya varios años, y pasarán muchos más, pero la memoria de Wilckens será defendida siempre por los anarquistas, por los partidarios y los adversarios de la acción individual.

"¿Violencia anarquista? No; violencia que los anarquistas comprenden y justifican desde un punto de vista psicológico y humano; pero no violencia irresponsable y cobarde.

"Poned frente al hecho de Wilckens las bombas del Banco de Boston y la explosión del consulado italiano y comprenderéis el contraste. En el primer caso hay espíritu de sacrificio, un objetivo claro, una plena conciencia de la responsabilidad, un héroe que da la cara; en los otros hallamos inhumanidad, cobardía, irresponsabilidad, bestialidad, es decir fascismo puro.

"No es posible confundir esos hechos; la voluntad más aviesa no puede poner en el mismo saco a un héroe y a un asesino, a un defensor de la humanidad que afirma una idealidad superior y a un insano cualquiera que se complace en la destrucción, en la sangre, en la mar-

violencia fascista, contra esa mentalidad inhumana que goza en el sadismo de la matanza irresponsable. Son cómplices de esos hechos salvajes a que el fascismo nos tiene acostumbrados, todos aquellos que prestigian métodos de violencia en cualquier orden de la vida. Un Lugones que pone su pluma vibrante al servicio del fascismo, del militarismo, de las medidas de fuerza contra los trabajadores; un Cárles que organiza bandas de forajidos para matar obreros en huelga; un gobierno que tolera todas esas exaltaciones del odio porque van dirigidas contra el proletariado, todos ellos son responsables de la tragedia del consulado italiano, porque todos ellos contribuyen abiertamente a



Kurt G. Wilckens, en la Entiermería de la Penitenciaría Nacional

tanza. El primero que se hubiese sentido horrorizado y hubiese vertido lágrimas de intenso dolor ante el espectáculo de la última tragedia habría sido Wilckens...

"El mundo tiene que reaccionar frente a la

crear la mentalidad fascista que tiene hoy, da vergüenza decirlo, sólo a los anarquistas como adversarios en el terreno ideológico y práctico.

"Tan es así que somos los únicos en oponer a la violencia fascista una mentalidad ética supe-

radora y en apelar a todos los hombres de buena voluntad y de conciencia para resistir al contagio del fascismo como el arma invencible de una más elevada concepción de la vida"...

Pocos días después hacíamos estos comentarios:

"Para el gran público, intelectualmente alimentado por el periodismo sensacional y por las informaciones policiales, el anarquismo y el terrorismo son poco menos que sinónimos. Estalla un petardo, se produce la explosión de una bomba y a un gran número no se le puede sacar de la cabeza que la asarquía no tiene nada que ver con esas cosas, pues es justamente la idea más irreconciliables con la violencia bestial. Pero la leyenda conviene al periodismo sensacional y sobre todo a la policía, que de ese modo tiene un cabeza de turco sobre el cual descargar los golpes de ciego de su pretendido celo.

"Raro ha sido el petardo o la bomba que no se nos haya atribuido a los anarquistas en este país. Y antes esa acusación se nos hacía sazónada con el rico menú de los complots terroristas; ahora parece que va entrando en la cabeza de la policía que eso de los complots ha pasado de moda y no convence a nadie; sin embargo se sigue alimentando la leyenda del anarquismo terrorista.

"¿En qué se basa? En el hecho de haber surgido entre los anarquistas algunos hombres de gran sensibilidad que han reaccionado violentamente contra una gran injusticia, buscando a su mayor responsable. Supongamos que han sido media docena los atentados llevados a cabo por anarquistas en este país: no han sido tantos, y en realidad no hay más que dos a cuyos autores hemos dado todo el apoyo y la solidaridad fraternal posibles. Nos referimos a Radowitzky y a Wilkens. Pero esos dos hechos no pueden definir de ningún modo la esencia de un movimiento por el que han pasado en los últimos cuarenta años más de un millón de hombres.

"Es verdad que nunca hemos escatimado nuestra solidaridad con Radowitzky y con Wilkens, pero hemos exaltado en ellos la nobleza de sus intenciones, la rectitud de su carácter, su sentido de la responsabilidad y ante todo hemos justificado su acción como impulso incontenible frente a la barbarie antiobrera de las clases privilegiadas.

"Pero se buscaría en vano en la prensa anarquista, en toda nuestra literatura, un intento siquiera de elevar esos hechos aislados a la ca-

tegoría de escuela, de expresión esencial de nuestro movimiento.

"Por vivo que esté el recuerdo de un Radowitzky y de un Wilkens entre los anarquistas, ese recuerdo no ha contribuido nunca a desviarnos de la verdadera ruta, que es la ruta de la negación de la violencia y de la proclamación de la justicia, de la igualdad y de la libertad para todos.

"Sin embargo, esos hechos son diametralmente opuestos al terrorismo. La bomba terrorista es siempre puesta por una mano anónima, sin objetivo, sin humanidad. Para llegar al sacrificio de un Wilkens, de un Radowitzky, de un Gino Lucetti, es preciso estar penetrado de un vivo idealismo; para realizar un acto terrorista no se necesita nada de eso; no se necesita más que alguien que pague y un instrumento venal que ejecute. Nosotros estamos tentados siempre a ver tras el terrorismo la mano aculta de los provocadores a sueldo de la policía o de alguna otra institución de gobierno o del capitalismo. Y tal vez estamos en el camino de las exactas suposiciones.

"La voz de la ignorancia o de la malevolencia ha querido relacionar la explosión en el consulado italiano con la anarquía; respecto de los ignorantes la relación es absurda; pero respecto de los malévolos, la conexión es criminal. Podemos elevar bien alto la voz para clamar que los gestores y ejecutores de ese atentado no pueden ser más que enemigos de la anarquía o anormales a quienes nosotros, en la sociedad futura, encerraríamos en un manicomio para tratar de curarlos.

"Hemos definido muchas veces el fascismo como una manifestación de locura; no podemos hacer una excepción para hechos esencialmente fascistas como son el que se produjo en el consulado italiano y el que estuvo a punto de producirse en una farmacia de la Boca."

Tales han sido aproximadamente nuestras consideraciones y nuestra actitud frente a los últimos atentados. Y hemos querido transcribir del diario algunos párrafos para afirmar la actitud de los anarquistas frente al terrorismo sospechoso de que hemos tenido recietemente casos tan palpables. Y lo hacemos justamente con el nombre y el recuado de Wilkens por bandera, porque estamos convencidos que ese compañero, infamemente asesinado por las huestes de Carlés, las mismas que dieron muerte no ha mucho a Luisa Lallana, si viviera hoy nos ayudaría con su elevado concepto de la vida, de las ideas y de la lucha revolucionaria a combatir la leyenda del anarquismo terrorista.

Aun queremos decir algo más, y esto de naturaleza más íntima:

Sin ser idólatras, nos hubiera agradado, como única familia del vengador de los masacrados en la Patagonia, que se hubiera conservado la tumba del inolvidable compañero, como se conserva en el cementerio de Waldheim de Chicago un pequeño monumento en memoria de los cinco ahogados. Narie ha pensado en este detalle, posiblemente, y a estas horas tal vez sea

tarde para conservar la sepultura de nuestro pobre amigo. No somos idólatras, pero hubiera sido deseable que los anarquistas de la Argentina hubiesen conservado para el porvenir el lugar donde fueran enterrados un día, en el misterio de la noche, los restos de Wilkens. Las futuras generaciones no pasarían delante de aquella tumba modesta sin un pensamiento sobre la justicia social como no se pasa ante el cementerio de Waldheim sin crispar los puños al recuerdo del crimen judicial infame de Chicago.



LUIS FABBRI

"La síntesis anarquista" de Sebastián Faure

Con este título nuestro viejo compañero Sebastián Faure ha publicado una especie de manifiesto a los compañeros, en el cual expone en resumen una concepción integral suya del anarquismo, proponiéndola como programa de organización: a una nueva unión de los anarquistas franceses, hace poco formada en contraposición a la vieja unión, después del descontento suscitado entre los compañeros por las resoluciones... dictatoriales del último congreso de la U. A. C. R. francesa.

El esfuerzo de S. Faure para llamar de nuevo a la colectividad anarquista a las bases fundamentales del ideal libertario es sumamente laudable; y es preciso desearle todo el éxito que el esfuerzo mere-

ce. Yo quiero decir aquí algunas ideas mías sobre esa "síntesis anarquista" no para refutarla, porque en substancia me hallo de acuerdo con S. Faure, sino para proponerle alguna leve modificación, para aclarar alguna de sus partes, para hacer alguna observación de carácter general, susceptible de vencer alguna desconfianza que podría ser suscitada por alguna frase, pasible de diversas interpretaciones.

Ante todo una objeción enteramente formal al nombre mismo de la nueva asociación: "Asociación de los federalistas anarquistas". Yo soy contrario a todo agregado al nombre de "anarquista", que me parece que disminuye éste y complica la comprensión de la

idea. Cuando se hace la propaganda, cuando se explica el programa anarquista es necesario adoptar otras palabras, para que se comprenda en qué sentido entendemos nosotros la anarquía; y entonces es bueno decir cuanto de socialista, de individualista, de organizador hay en nuestro concepto anarquista. Pero cuando queremos simplemente darnos un nombre, dar un nombre a una asociación nuestra, a un periódico, a una iniciativa cualquiera, debe bastar el nombre de "anarquista" — con el orgullo tranquilo de que la concepción integral que nosotros tenemos de la anarquía es la más completamente anarquista que se pueda imaginar, tanto desde el punto de vista histórico como del tradicional y en fin del teórico.

La anarquía, según mi opinión, no tiene necesidad de decirse de una manera especial socialista, comunista, federalista, sindicalista, individualista, organizadora, etc., porque en medidas y sentidos diversos es todo eso simultáneamente y no una de tantas cosas solo. Además cada cual de tales objetivos, por el significado diverso que se les da, tomado por sí solo se presta a confusión, a errores de comprensión por parte de los amigos, con pretextos de incomprensión de parte de los enemigos o adversarios. Si yo hubiese debido aconsejar a los compañeros franceses de la tendencia de S. Faure, que es aproximadamente la que yo prefiero, un nombre nuevo, les habría dicho el de "Federación anarquista", que me parece expresar en dos simples palabras, lo mismo, lo que se quería decir con lo de la asociación de los federalistas anarquistas. Con esta diferencia, que la "federación" es como un hecho, no como un principio. Como principio basta la anarquía.

Pero vengamos al grano del proyecto programático de S. Faure.

Este examina las tres principales corrientes que dividen actualmente el campo anarquista: 1.º el anarquismo sindicalista; 2.º el anarquismo comunista; 3.º el anarquismo individualista. De su examen obtiene esta conclusión: que las tres corrientes, lejos de negarse recíprocamente se integran, son el complemento de las otras.

"Las tres corrientes — dice — no tienen nada que las haga inconciliables, nada que proclame su incompatibilidad y que les impida vivir en buena inteligencia y también concertarse en vista de una propaganda y de una acción en común. La existencia de las tres corrientes no solo no perjudica a la fuerza total del anarquismo, — movimiento filosófico y social visto en su conjunto, — pero puede también y debe contribuir a la fuerza de conjunto del anarquismo. Cada una de esas corrientes tiene su puesto, su función, su misión en el movimiento anarquista ya que tienen por objetivo la creación de un ambiente social que asegure a todos y a cada uno el máximo de bienestar y de libertad".

Para explicarse, Faure asemeja el anarquismo a lo que en química se llama "cuerpo compuesto", es decir formado por la combinación de más elementos. El anarquismo está compuesto por tres elementos (además de otros menores y de menor importancia), que son el comunista, el sindicalista y el individualista. Son las circunstancias de ambiente y condiciones y de origen que determinan la prevalencia ya del uno, ya del otro elemento; pero los tres elementos se deben en todo caso combinar en él y es esa combinación lo que Faure llama la "síntesis anarquista".

En todo esto, que es el fundamento de la con-

cepción de Faure, yo (aparte tal vez de la fraseología que él adopta) estoy del todo de acuerdo. También convengo con él en la demostración que hace del porqué las tres corrientes, aun siendo distintas, no están por eso forzadas a estar en contrate. Es muy verdadero que el anarquismo, para triunfar, no puede (como él sostiene) pasarse sin el concurso de las masas obreras que se organizan en el terreno sindical. Es muy verdadero que el anarquismo no puede concebirse sin la negación de la explotación del hombre sobre el hombre, sin la supresión total del capitalismo y sin la puesta en común de los medios de producción, de transporte y de intercambio. Es muy verdadero que el anarquismo no sería tal si no fuese también la expresión más alta y precisa del derecho del individuo, de todos los individuos, a la liberación de todas las opresiones políticas, económicas y morales, al desarrollo y expansión de todas sus facultades, a la satisfacción de todas sus necesidades. Por estas tres razones el anarquismo es al mismo tiempo sindicalista, comunista e individualista. De acuerdo.

Estoy de acuerdo además con Faure cuando muestra cómo la guerra encarnizada y a menudo desleal que se han hecho estas tres corrientes, una contra las otras, es lo que más mal ha causado a la causa común de la anarquía. Aunque separadas, habrían podido muy bien cooperar en lugar de combatirse, o por lo menos coexistir, desarrollando cada cual su trabajo y su lucha contra las instituciones burguesas, sin perder tiempo y fuerzas en trenzarse entre sí hasta el punto de desautorizarse, paralizarse y neutralizarse recíprocamente el trabajo. Es preciso añadir también al respecto, sin embargo, que a menudo en estas luchas intestinas la cuestión de principio no es más que un pretexto; muy a menudo las determinantes verdaderas son cuestiones del todo personales, mezquinos intereses y más mezquinas rivalidades y vanidades, las cuales habrían creado la disidencia aun donde no hubiese existido la divergencia programática.

Creo que también en Francia se puede decir algo de este género, aunque yo estoy poco al corriente sobre los entretelones del movimiento y sus divisiones en este país. Pero sé que hay en otras partes, en otros países lejanos de Francia, divisiones muy ásperas entre fracciones del anarquismo, que están de hecho separadas y en choque entre sí, bien que en el terreno de la táctica y de los principios tengan todas el mismo programa y proclamen todos (negando cada cual la sinceridad de las otras) los mismos criterios teóricos y prácticos.

Si hay algo semejante también en Francia, tal vez S. Faure no ha querido poner el dedo sobre esta llaga, con el laudable propósito de no irritarla. Glissons... Pero en substancia, en la diagnosis del mal, también Faure tiene razón en esto.

¿Cuál es el remedio a este mal? Sobre el remedio Sebastián Faure no se extiende mucho, no se explica, en mi opinión, de un modo completo. Y es por eso que no estoy seguro de estar de acuerdo o en desacuerdo con él. Tal vez lo estoy solamente en parte.

Dice que los tres elementos constitutivos del anarquismo no están forzosamente condenados a combatirse sino que "están hechos para combinarse y formar una especie de síntesis anarquista, de la cual es preciso intentar pronto la realización práctica"... ¡justísimo! ¿Pero tendrá por sí sola esta fórmula de la "síntesis anarquista" la virtud de unir a los que

hasta aquí se han obstinado en quedar encarnizadamente divididos? He aquí el problema.

Porque si esta síntesis, que Faure traza en teoría, fuese traducible en la práctica en la síntesis de todas las fuerzas anarquistas, y el único obstáculo a ella fuese la ausencia de la síntesis teórica, la unión de todas las fuerzas anarquistas sería desde hace mucho una realidad, porque — aparte de la fórmula literal, — en la substancia aquella síntesis la hubo siempre. El anarquismo comunista, en la corriente que antiguamente se decía socialista-anarquista-revolucionaria", según las ideas de Bakunin, Kropotkin, Gori, Lorenzo, Reclus, Malatesta, Faure, etc., ha sido siempre la síntesis, la armonía de esos tres conceptos más importantes del anarquismo: puesta en común de la propiedad, libertad individual y colectiva, acción organizada de masas.

Sebastián Faure mismo debe convenir que lo que hoy nos presenta bajo la fórmula de la "síntesis anarquista" no es más que la repetición de las ideas que no ha conseguido aún — y nosotros, que estamos en sus periódicos y en sus conferencias. ¿Cómo es que no ha conseguido aun — y nosotros que estamos de acuerdo con él, no hemos triunfado tampoco, aunque estamos repitiendo estas cosas desde hace treinta años —, constituir de hecho, en la práctica, en el movimiento aquella síntesis que desea? No por la ausencia de la idea sintética del anarquismo, que existía ya; sino porque la división tenía otras causas, en parte debidas a debilidades y defectos de los hombres, y en parte a la existencia de contrastes de teoría y más aun de táctica, de lo que Faure no tiene toda la cuenta debida, en su llamado apasionado y noble para unir a la mayor cantidad posible de anarquistas en un mismo movimiento orgánico.

No nos preocupamos de las debilidades y defectos inherentes a la naturaleza humana; estamos también nosotros plenos de ellos; pero en esto no tenemos que hacer más que una cosa: tratar de mejorarnos nosotros mismos, sin pretender demasiado ser nosotros los que hayamos de mejorar a los otros. Que cada cual sea severo consigo mismo, indulgente con los demás, — por lo menos con los compañeros. Las diferencias teóricas las hay, pero, a excepción de ciertas exageraciones que no podríamos consentir, y que ciertamente el mismo Faure no aceptaría, no me parecen insuperables. Pero el contraste lo hay, no se puede negar, en el terreno práctico, en el modo de aplicar la teoría; y lo habría en el modo de aplicar la misión genérica de los principios a su realización en el "síntesis" de Faure, apenas pase de la afirmación movimiento. Este es el punto débil, no en Faure solamente, sino en todos nosotros.

También Malatesta, más de una vez, en Italia ha repetido que lo que separa las varias fracciones del anarquismo son más que otra cosa cuestiones de palabras. Si se van a analizar los razonamientos de los unos y de los otros, si se desciende al fondo de sus móviles sentimentales, se halla a menudo en efecto que hay entre todos los anarquistas más unión substancial de la que parece. Pero... la desunión en la práctica queda; y entonces es preciso decir que hay motivos serios de desunión.

A mi me parece que Faure ha descuidado más de lo necesario el examen de esos motivos.

He dicho ya que para los anarquistas comunistas y partidarios de la organización las ideas de la "síntesis anarquista" están contenidas en su programa. Pero la repetición que Faure hace hoy no es inútil, des-



de el momento que desde hace un tiempo se van infiltrando en la propaganda y en el movimiento anarquista hábitos, tendencias y también afirmaciones teóricas que están en contraste con uno de los principios fundamentales del anarquismo: el de la autonomía en la organización, de la libertad de iniciativa individual y de grupo que debe estar en la base de toda organización anarquista, por extensa y compleja que esta pueda ser.

Después de la publicación de la "Plataforma" de un grupo de anarquistas rusos, que proponían la constitución de una asociación anarquista sobre bases en contraste con el principio más arriba indicado; y más especialmente después del congreso de la Unión Anarquista Francesa de noviembre pasado, que reafirmaba su constitución interna sobre orientaciones verdaderamente autoritarias y antianarquistas, ciertamente la "síntesis anarquista" viene a tiempo para recordar a los compañeros que se organizan la necesidad y el deber de organizarse "anárquicamente", que para los anarquistas la organización es un principio inescindible del de la autonomía. Pero es también verdad que las desviaciones son el hecho de una minoría insignificante en Francia y fuera aun cuando por un momento ha conseguido reclamar sobre sí tanta atención y tener la sanción de un congreso de organizadores.

Los anarquistas comunistas y organizadores, en la casi unanimidad, han quedado fieles a sus principios, y no han olvidado de ningún modo ni la idea de que la revolución será hecha por las masas y que por tanto es necesaria la organización de estas también sobre el terreno sindical, además del insurreccional; ni la otra idea que la querida por los anarquistas es una "revolución de la libertad", que debe emancipar el mundo social comenzando por un átomo constitutivo, que es el individuo. Por lo que se refiere a estos tres principios — puesta en común de la propiedad, organización para la lucha y para la vida, libertad individual — están ya de acuerdo con los otros anarquistas que reivindican los mismos principios.

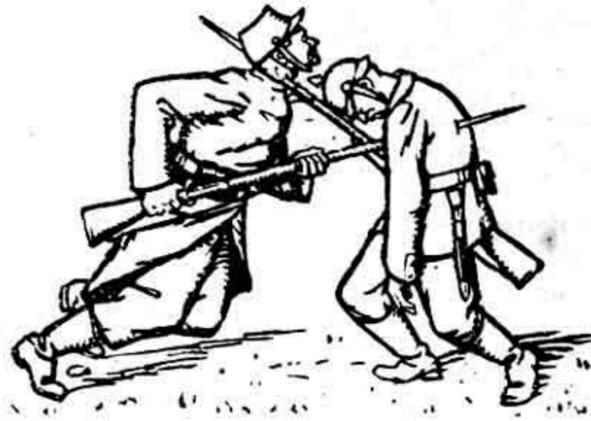
Si no fuese más que para establecer una base programática, en el terreno teórico, podríamos decir que la cosa se ha hecho ya desde hace cerca de cincuenta años. Pero es cuando se trata de constituir organizaciones de hecho entre los adeptos a aquél programa, para desarrollar una acción determinada, para hacer determinadas cosas, que surge la necesidad para los asociados de hallarse de acuerdo no sobre un punto solamente del programa, sino sobre todos. Los anarquistas comunistas organizadores — agrego esta última palabra para los anarquistas italianos, en cuyo medio están también los anarquistas comunistas contrarios a la organización, — si quieren constituir una organización efectiva y no contradictoria en sus elementos, es preciso que la funden sobre los tres principios más arriba mencionados, los tres indispensables (en su opinión) al anarquismo. Y por tanto la primera condición para que la organización no sea condenada a verse paralizada por contrastes internos, es que todos sus componentes estén de acuerdo en aceptar esos tres principios y no uno o dos solamente.

Los que no están de acuerdo sobre los tres principios serán anarquistas también; no lo negamos. Queremos estar en buena armonía con ellos y, cuando sea posible, intercalar ayudas para determinadas iniciativas sobre las que se esté de acuerdo. Pero para asociarse duraderamente y en vasta escala, es preciso que los asociados estén de acuerdo sobre todas las cuestiones más importantes; y no sobre una sola, y menos aun algunos sobre una, otros sobre otra, y otros aun sobre una tercera exclusivamente, quedando siempre para todos dos motivos de divergencia sobre tres. La divergencia paralizaría toda actividad común de la asociación, pues no es concebible que cada cual, para estar de acuerdo sobre una cosa, se adapte a hacer o solo a no combatir las otras cosas que no aprueba o cree nocivas.

Veamos más de cerca los puntos de divergencia, que impedirían todo funcionamiento a una organización que recogiese las diversas fracciones del anarquismo sin distinción.

¿Podremos, por ejemplo, estar asociados con los llamados "plataformistas", los cuales persistirían en querer introducir en la organización sistemas que nos parecerían autoritarios, como los adoptados por el congreso francés de noviembre pasado? No, ciertamente; y Faure y sus amigos están de acuerdo con nosotros, tanto es así que han salido por esa razón de la U. C. A. R. de que formaban parte. Por una razón de oportunidad yo habría, a decir verdad, preferido que quedasen en ella, porque me parece que así habrían logrado mejor impedir las temidas desviaciones y obrar de modo que las resoluciones antianarquistas del congreso quedasen letra muerta; pero las razones por las que ellos han salido son justísimas, y en todo casi habrían debido salir de ella más tarde, si no hubieran conseguido conservar a la U. A. C. R. el carácter anarquista querido. La separación en el terreno práctico de los anarquistas organizados sobre bases poco anarquistas, es decir que olvidan el aspecto autonomista y federalista al mismo tiempo del anarquismo, sería inevitable.

Hay además los anarquistas sindicalistas. Nosotros, comunistas anarquistas organizadores, estamos de acuerdo con ellos en que la organización sindical de la clase obrera es necesaria para la revolución, sea para la lucha, sea para el comienzo de una reconstrucción social sobre bases libertarias; así tam-



bien estamos de acuerdo en querer dar a la organización sindical la orientación más libertaria y revolucionaria posible. Pero cuando los anarquistas sindicalistas, como ocurre en algunos países, subordinan el anarquismo al sindicalismo, encierran todo su anarquismo en el sindicalismo, se oponen a toda otra forma de organización anarquista, atribuyen a los sindicatos funciones sociales y revolucionarias en contraste con su naturaleza, crean en substancia otro peligro de desviación autoritaria y monopolista en el seno del movimiento y de la revolución, rompen el equilibrio de las fuerzas en el seno del anarquismo, y se colocan por sí mismos fuera de una posible organización anarquista, — la cual sobre todo quiere que como un medio subordinado, y no el único, de la revolución por la libertad. Esto es tanto más verdadero cuanto que en los países donde el anarquismo sindicalista es más fuerte, constituye organizaciones por su cuenta, distintas de las organizaciones anarquistas propiamente dichas.

En cuanto a los anarquistas individualistas, la diferenciación es más evidente, aun cuando en la práctica es inasible porque es variable hasta el infinito, siendo entre ellos bastante diversas las tendencias que se llaman individualistas. Si todo el individualismo consistiese en la afirmación de la soberanía individual, en el principio que Faure toma como término característico, entonces todos los anarquistas podrían decirse individualistas. Pero cuando los individualistas niegan toda organización que no sea la del grupo ocasional y de afinidad contingente, niegan todo pacto social duradero y que implica compromisos ¿cómo organizarse con ellos? En la propaganda ¿cómo conciliar la nuestra para la puesta en común de la propiedad con la suya de la apropiación individual? Y cuando hablamos de libertad para todos los individuos ¿cómo conciliar esta propaganda con la paradoja de tantos individualistas, para quienes todo individuo conquista su libertad con su fuerza, sin preocuparse de los otros, e incluso en perjuicio de los otros?

Yo creo que S. Faure convendrá en estas observaciones mías. Solo que él me dirá: "Pero si hay comunistas, individualistas y sindicalistas que convienen en asociarse sobre bases duraderas y vastas, al contrario de los otros que se cierran en su exclusivismo, aceptando todos los tres principios de la puesta en común de la propiedad, de la organización libertaria y de clase, y de la autonomía individual y de grupo ¿por qué no podrían hacerlo a pesar del nombre diverso y aun cuando hubiese divergencia de opinión entre ellos sobre la importancia mayor o

menor que hay que dar a uno o a otro de los tres llamados elementos constitutivos del anarquismo?"

¡De acuerdo! podrían hacerlo, y sería deseable que lo hiciesen. Pero Faure convendrá que en tal caso sus nombres diversos no importarian nada, pues en realidad serían todos la misma cosa, — serían todos, aun cuando no quisiesen decirse tales, lo que nosotros hemos sido siempre: comunistas, revolucionarios y anarquistas.

Debo advertir que he hecho mías, en ocasión de esta discusión, muchas formas de expresión de Faure, para quedar más íntimamente en sus argumentos, como, por ejemplo, la "puesta en común de la propiedad" que según mi opinión se entiende en un sentido más bien relativo, en el sentido que nadie pueda tener en sus manos el medio económico para explotar a sus semejantes, y que todos tengan, en cambio, los medios para satisfacer las propias necesidades. El modo, luego, de organizar la producción y la distribución, — aun pareciéndome superior el de tipo comunista, — es secundario y puede variar según los lugares, tiempos y circunstancias.

Otra cosa; — Sebastian Faure dice en cierto punto — citando mi nombre, — que yo le he dicho que un ensayo de realización de lo que él llama "síntesis anarquista" se ha hecho en Italia, con la Unión Anarchica Italiana. Le he dicho, en efecto, algo semejante. Pero es preciso que me explique para evitar equívocos.

En Italia una división exacta entre las tres fracciones — comunista, sindicalista e individualista — como Faure la precisa no existía. La verdadera división era, y es todavía entre anarquistas organizadores y anarquistas antiorganizadores, entre los que eran partidarios de una asociación anarquista constituida orgánicamente, con criterios de solidez y de extensión, y los que le eran adversos o negaban toda organización, o preferían la organización de grupos locales, desligados, ocasionales, temporales. Los anarquistas organizadores eran todos de tendencia comunista, y de éstos se decían sindicalistas los que en la práctica se dedicaban al movimiento obrero y sindical, pero sin dividirse de los otros más que por detalles o cuestiones secundarias. Ellos pertenecían todos a la Unión Anarchica Italiana; y en los congresos de ésta, a través de las discusiones, se percibía apenas alguna diferencia de mentalidad y de orientación entre unos y otros.

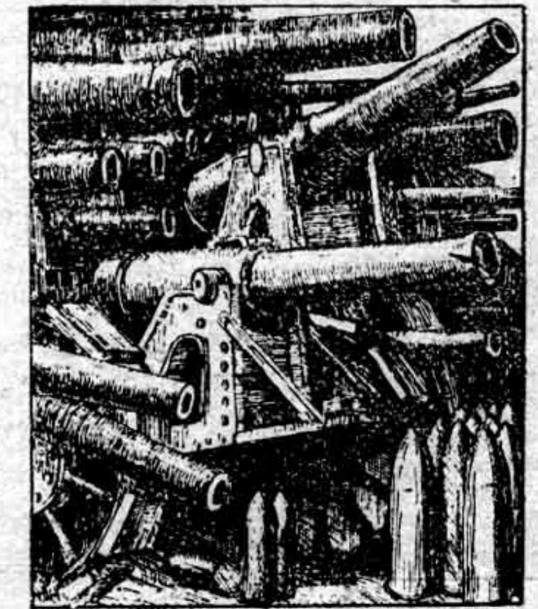
Los anarquistas antiorganizadores, la mayor parte comunistas-anarquistas y en una pequeña minoría individualistas, estaban naturalmente fuera de la U. A. I.; pero algunos de ellos se unían a los anarquistas organizados para iniciativas en común. El diario "Umanità Nova" dirigido por Malatesta, había salido por los esfuerzos comunes de unos y de otros, y así también el periódico "Fede". Pero la U. A. I. desarrollaba su propia actividad por su cuenta, y había periódicos que se mantenían exclusivamente en su órbita. Los anarquistas antiorganizadores le eran completamente extraños, no participaban en sus congresos y tenían también órganos propios.

La Unión Anarchica Italiana comprende a todos los anarquistas concordes en la lucha organizada contra el capitalismo y contra el Estado, por la revolución que realice la emancipación individual y colectiva, de clase y humana, con la igualdad y la libertad para todos, sobre la base de la solidaridad y de la asociación voluntaria de los esfuerzos. Su programa, redactado por Errico Malatesta, contiene todas las ideas constitutivas del anarquismo, que Se-

bastían Faure llama comunistas, sindicalistas e individualistas; pero ninguno de esos adjetivos es adoptado. Es decir están expuestas las ideas del anarquismo integral, que Faure reúne en su síntesis, diciendo lo que los anarquistas asociados quieren y se proponen hacer, pero sin adoptar otra especificación teórica fuera de la "anarquista". Así, el que apruebe aquél programa, puede adherirse a la U. A. I., salvo el entenderse después con los otros asociados sobre las formas y maneras de organización interna, sea en los grupos como en los congresos.

Este tipo de organización me parece susceptible de recoger a su alrededor el mayor número de anarquistas. Pero, no obstante, no podría recogerlos todos. De aquí la necesidad de resolver el problema de las relaciones, no solo entre anarquistas asociados en una dada organización, sino también de éstos con anarquistas de otras organizaciones o grupos, y con los mismos anarquistas desorganizados de todas las tendencias del anarquismo. Ahora no se puede pretender resolver este problema fundando simplemente una nueva organización. No puede ser resuelto más que sobre la base de la recíproca comprensión y tolerancia, y de la persuasión que cada cual tiene derecho a organizarse a su modo con aquellos que piensan como él, o a no organizarse de ningún modo, — sin que por esto sean imposible entre todos las mejores relaciones de cordialidad y de fraternidad, y sin que nadie pueda para sí o para su tendencia pretender la infalibilidad o el monopolio del anarquismo.

No quiero cerrar estas notas a la "Síntesis" de S. Faure sin advertir que no quieren ser de ninguna manera ni una crítica ni una refutación de las ideas de nuestro valeroso compañero francés, con el cual, repito, me hallo casi del todo de acuerdo, sino más bien un agregado al trabajo hecho por él, una aclaración mayor de alguna de sus partes, una contribución a su propaganda, contribución que se suma a ella y no disminuye nada de su eficacia.



RUDOLF ROCKER:

La situación general y lo que deben hacer los trabajadores

II

Si la clase obrera alemana ha perdido nuevamente las ocho horas que le había aportado la revolución, sin resistencia alguna, en los años siguientes, la culpa la tiene en primera línea la táctica de las Uniones centrales. Estas han cedido ante el capitalismo más y más en base a su ideología e hicieron resaltar siempre ante sus propios partidarios la necesidad del trabajo extra en interés de la economía alemana. El resultado es conocido. Cuando finalmente reconocieron el absurdo de esa política y se volvió a hablar de la reposición de las ocho horas, no se decidió en manera alguna una enérgica acción sindical. ¡Por dios! Se volvieron a poner todas las esperanzas en la actividad parlamentaria y en la protección del gobierno. Y el gobierno ayudó realmente, pero no a los trabajadores. El llamado arbitraje, que primeramente fué acogido con entusiasmo por los jefes de las Uniones centrales y señalado como un signo de que en el nuevo Estado la lucha entre el capital y el trabajo estaba en vías de adoptar formas más suaves, se ha expresado cada vez más como un peligro público para los trabajadores. Los fallos de los comités de arbitraje carecen de toda comprensión del derecho y la equidad y tienen generalmente un carácter tan reaccionario que hasta los jefes sindicales se sienten forzados a protestar públicamente contra esa actividad práctica de un modo de "lucha suavizada". Pero a pesar de todo, tratan de persuadir a los trabajadores de que deben someterse a los fallos para demostrar su respeto ante las leyes del nuevo Estado. Sin embargo, se amontonan los casos en que los fallos por los cuales se concedía a los trabajadores un insignificante aumento de salarios, fueron sencillamente suprimidos por el ministro del trabajo al protestar los capitalistas. Ni siquiera sobre esas notorias violaciones se levanta una seria contradicción.

Además, se añaden decisiones jurídicas que se dirigen directamente contra el derecho de asociación de los trabajadores. Así, por ejemplo, "según decisión del tribunal de Leipzig del 2 de mayo de 1927, se prohibió a la Asociación Alemana de Obreros Textiles y a sus secretarios, Paul Frauboese, Hamburgo, y Georg Panzer, Leipzig, que socorriera en los diversos establecimientos del Norddeutschen Wollkonzern, en donde había estallado una huelga por mejores salarios y mejores condiciones de trabajo, fueran los socorros mediante indicaciones al comité de huelga o por excitación a la formación de comisiones de huelguistas o por el envío de ayuda monetaria a los miembros o por algún otro medio".

Cuando los obreros portuarios de Hamburgo hicieron el primer ensayo de levantarse contra la racionalización capitalista, a pesar de su decisión fueron paralizados por su propia organización y tuvieron

que interrumpir la lucha con los más amargos sentimientos, una lucha que era tanto más significativa cuanto que se dirigía contra los modernos métodos del capitalismo.

Ahora bien; el llamado gobierno del block burgués aprobó la ley de emergencia sobre la jornada de trabajo, que entró en vigor desde el 1 de mayo de 1927. Esa ley, de la cual los representantes obreros habían esperado un beneficio para las ocho horas da al capitalismo la más grande libertad imaginable para aumentar caprichosamente la jornada, "cuando el mantenimiento y la continuidad del establecimiento hace necesario un aumento de la jornada". Según esa ley, en caso de que se demuestre necesario, tienen que trabajarse 60 horas extras al año. Pero eso no es todo. Otras 260 horas extras pueden introducirse mediante pactos voluntarios o forzosos, en caso de que exista una necesidad de ellas. Además se han previsto otras 300 horas extras por si llega el caso en que el "bien común" las requiera. Mediante esa ley la jornada de ocho horas se ha hecho completamente ilusoria y se sancionaron legalmente las nueve y diez horas.

Si no se llega a ninguna armonía entre los trabajadores y los capitalistas, decide el arbitrio, cuyo fallo es obligatorio para ambas partes. De este modo la huelga se extirpará pronto del mundo y el arbitrio quedará a cargo de todo. El ejemplo de Mussolini hace escuela, especialmente cuando los trabajadores no oponen ninguna resistencia a ese desarrollo de las cosas y se someten resignados al dictado de arriba.

Pero también las luchas sindicales en la forma de huelgas parciales y locales, tales como se llevaba a cabo hasta aquí, pierden más y más importancia por la nueva transformación del capitalismo. Mediante la formación de kartells y de trusts internacionales el capitalismo se eleva por encima de las fronteras estrechas del Estado nacional. Sus intereses hoy están mucho menos ligados al territorio de la comunidad estatal que antes y se ensanchan en una medida cada día más grande. Pero con eso se desarrolla también para la clase obrera un peligro amenazador, a que sólo puede hacérsele frente por un cambio fundamental de sus métodos. Imagínese una asociación como el trust internacional del acero con una caja niveladora que dispone siempre de millones. ¿Cómo pueden los trabajadores resistir un poder tan gigantesco y arrancarle las concesiones que exige la hora que corre?

Mientras la clase propietaria estaba escindida en el propio país y sobre todo internacionalmente, la situación era muy distinta a hoy. En tiempos pasados, cuando el capitalismo no se había agrupado todavía en asociaciones especiales, el temor a la concurrencia podía forzar a algunos capitalistas a ceder

a las demandas de sus obreros. Una larga huelga podía quitarle la clientela, arrancarle el mercado celosamente conquistado y producir eventualmente su ruina comercial. Pero eso cambió esencialmente cuando aparecieron las organizaciones capitalistas que aliviaron en el propio país el peligro de la concurrencia en tiempos de huelga o lo suprimieron por completo. Pero en cambio difícilmente se podía impedir que la concurrencia extranjera aprovechara tal ocasión para llevar la confusión a los capitalistas de determinado país. El período de la guerra nos ha enseñado lo que quiere decir perder los mercados exteriores, y cuán desesperante debe parecer su reconquista después de largo tiempo. Cuanto más abarca todos los países poco a poco la marcha triunfal de la industria y más se reduce el mercado mundial, tanto más difícil se vuelve el problema.

Por la trustificación internacional se suprime también ese peligro para el capitalismo. No tiene así ninguna concurrencia que temer, pues la cuota de su productividad le está asegurada y puede contar con una indemnización en caso de menor producción. Cuando los trabajadores de la industria del acero se declaran en huelga en un país a fin de obtener ciertas mejoras, los capitalistas del país respectivo podrían contemplar los acontecimientos con toda tranquilidad. La concurrencia del extranjero está excluida, y además tienen asegurada mediante contrato una indemnización en el caso de producción deficiente. En esas circunstancias incluso la más vasta solidaridad nacional e internacional de naturaleza puramente financiera no beneficiaría en nada a los trabajadores. Aquí sólo habría dos medios para dar valor a sus demandas: o bien una extensión de la huelga a todas las ramas importantes de la industria del propio país, de manera que lo amenazadora de la situación procurase un triunfo a los obreros o, lo que es mejor la extensión de la huelga a todos los países de la industria en cuestión.

Lo mismo que el capitalismo se crea una base para el ejercicio de la ayuda mutua en la más amplia medida en sus trusts y sus kartells internacionales, así también los trabajadores deben crearse una base para las acciones solidarias por la agrupación de los organismos económicos revolucionarios internacionales, más allá de las fronteras del propio país, si quieren contrarrestar eficazmente la obra de sus amos y abrir el camino de su emancipación.

Contra los kartells internacionales del capital no hay parlamento que valga, ni derecho estatal de determinación, como el que anhelan los jefes de nuestras Uniones centrales. Al contrario: el gigantesco crecimiento del capitalismo en su novísima forma hará más poderosa su influencia política sobre el aparato legal o, si es necesario, suscitará formas de Estado más apropiadas para poder abatir más eficientemente a los trabajadores. Mientras los trabajadores se inclinan sin resistencia a la explotación desenfrenada del nuevo sistema y no opongan al poder de sus opresores una resistencia organizada, no les quedará ahorrada ninguna decepción. No encuentra el derecho más que aquel que tiene voluntad para la acción. Sólo cuando se lucha contra el aguijón y se resiste al mal, se es capaz de hacer respetar la propia voluntad.

El centro de gravedad de la resistencia y de la ofensiva directa está en las organizaciones económicas revolucionarias de los trabajadores. Sólo en el dominio de la economía consiguen desarrollar su propia fuerza social, pues es su actividad de produc-

tores la que sostiene todo el edificio social, la que garantiza la misma existencia de la sociedad. En todo otro terreno luchan en tierra extraña y rozan sus fuerzas en disputas sin perspectivas que no les acercan un milímetro al objetivo de sus deseos. Tan sólo cuando los trabajadores comprendan el enorme poder que tienen en sus manos, sabrán también el verdadero valor de una organización socialista de lucha de la economía, que debe servirles de medio para su liberación. En el terreno de la actividad parlamentaria se parece el obrero al gigante Anteo de la leyenda griega, a quien Hércules estrangula en el aire, levantando sus pies de la tierra, que era su madre. Sólo como productor y creador de los valores sociales dominará sus fuerzas que en alianza solidaria con los compañeros de su destino llegan a ser falange invencible y fuerte contra toda tormenta, si es penetrada por el espíritu de la libertad e inspirada por la idea de la justicia social.

Contra la explotación desenfrenada de las grandes masas en la nueva era de los monopolios y de la racionalización no vale más que un medio — el socialismo libertario. Justamente el desarrollo enorme de las fuerzas productivas, que se vuelve cada día más próspero, es la mejor prueba de que un orden social racional podría asegurar a cada uno de sus miembros un relativo bienestar y un libre desenvolvimiento de sus capacidades individuales. El capitalismo en su forma actual se expresa como un peligro creciente para la raza humana y debe ser combatido en todos los dominios con la mayor decisión. Pero justamente en esa lucha las organizaciones económicas del proletariado tienen la mayor importancia imaginable, pues en sus filas no sólo se practica del modo mejor y más eficaz el espíritu de la solidaridad en la lucha por el pan cotidiano, sino que son también la única base amplia en que se puede desarrollar de la manera más abarcativa una acción clara en el sentido de un socialismo constructivo y creador. Por esta razón en el porvenir habría que poner el mayor interés en ganar también a los trabajadores intelectuales, los químicos, los técnicos, los empleados, etc. para la causa de la libertad y del socialismo, porque su actividad es de una significación incalculable para el desarrollo de las capacidades técnico-administrativas de los trabajadores.

Presentar a los trabajadores el gran objetivo de la liberación social, llevarles a la persuasión interna de la realizabilidad práctica de ese objetivo, para que madure hasta ser una profunda necesidad ética, — tal tiene que ser el sólido fundamento de toda educación socialista que nos ocupará de continuo en lo sucesivo. Hay que liberar el movimiento obrero del doctrinarismo cristalizado y del vacío palabrerío de los partidos, a fin de que pueda prosperar creadoramente y desarrollar las condiciones previas para la realización del socialismo en su propio seno.

Frente a la enorme desocupación que llega a convertirse en un estado permanente en Europa y especialmente en Alemania, el problema de la jornada de trabajo es la cuestión más importante e inmediata que ocupa hoy a los trabajadores. La racionalización retira del proceso de trabajo a millones de fuerzas humanas, para las cuales la economía capitalista no tiene ningún empleo y abandona sin consideración a la miseria. La existencia de ese gigantesco ejército de reserva es para el capitalismo un medio excelente que le permite mantener dóciles a los trabajadores, pues tiene en todo momento la posibilidad de sustituir a los elementos descontentos

por voluntarios del trabajo a quienes la miseria ha aplastado. Esa táctica tan ingeniosa como terrible tiene para los propietarios de los medios de producción además la ventaja que no hay que menospreciar de suscitar entre los obreros mismos divergencias cada día más severas, que a la larga costará mucho superar.

La vieja afirmación de la existencia de una clase proletaria unitaria, cuyos miembros están ligados unos a otros por sus intereses materiales naturales, no fué nunca más que una afirmación que da directamente en la cara a los hechos reales. La clase obrera está escindida en cada país en un gran número de castas distintas, entre las que está tan difundido el espíritu de categoría como en otras capas sociales. Los obreros sin oficio son considerados de arriba a abajo por los obreros de oficio, y esa diferencia no se hace sensible sólo en el lugar de trabajo, sino también fuera de la fábrica. Sobre la relación entre obreros y empleados no vale la pena hablar, pues se conoce generalmente cuál es. Pero la oposición es más aguda aún entre los proletarios ocupados y los sin trabajo. Ahí no vale nada la charla sobre la clase unitaria, los hechos son aquí más fuertes que la más hermosa teoría. El obrero que trabaja tiene el máximo interés en distanciar de su puesto a los colegas sin trabajo, mientras que éstos naturalmente aspiran a volver a la fábrica, no importándoles por lo general que sea arrojado otro por su causa. Aquí se manifiestan divergencias de intereses en la misma clase que sólo pueden ser superadas por motivos éticos. Todo el que ha actuado largo tiempo en el movimiento obrero, sabe cuán difícil es algunas veces eso.

Mientras la desocupación se extendía en los individuos sólo por un cierto tiempo era siempre posible suscitar entre los ocupados y los desocupados un poco de sentimiento solidario. Pero eso cambió fundamentalmente cuando la desocupación se convirtió en un estado crónico y cuando los hombres no están en la calle y abandonados a la miseria semanas, sino meses y años, o cuando los capitalistas ocupan gente sólo hasta una determinada edad, condenando a la miseria a todos los obreros que pasaron de cierto número de años. En ese caso se agudizan más y más las divergencias dentro de la clase obrera, porque aquí el derecho al trabajo significa al mismo tiempo el derecho a la vida.

Justamente por este motivo tiene el problema de la jornada para el moderno movimiento obrero hoy un papel más importante que antes. Contra el terrible mal de la desocupación el obrero en las condiciones actuales no puede echar mano a otro recurso que el de la disminución de la jornada. Los sindicatos han contemplado tranquilamente cómo fueron arrojados a la calle por la racionalización. De este modo cayeron en el seno del capitalismo sin esfuerzo alguno todas las ventajas de los nuevos métodos, de manera que con una producción más restringida pudo obtener beneficios considerables todavía, un fenómeno que hay que atribuir simplemente a la racionalización. La productividad del obrero se acrecentó considerablemente con ayuda de los nuevos métodos de la racionalización, en la mayoría de los casos a costa de su salud, sin haber conquistado en cambio un equivalente. Al contrario: justamente en la época de la racionalización se aumentó todavía la jornada de un modo importante y fueron abandonadas sin lucha todas las conquistas, hasta que se llegó por fin a legalizar esa situación por la llamada ley de emergen-

cia sobre la jornada. El que no es enteramente ciego para los fenómenos de la moderna economía tiene que reconocer por fin que los trabajadores, en esas circunstancias, son llevados a un período de terrible esclavización y de la más cruel miseria.

Por eso es hoy ya tarea más importante de los trabajadores en la lucha práctica cotidiana, la reducción de la jornada a fin de procurar trabajo a los desocupados. No se nos puede venir con la vieja afirmación que una disminución de la jornada no tiene una influencia digna de mención en el problema de la desocupación. Esa afirmación es sólo muy condicionalmente justa. La verdad es que tras toda reducción de la jornada el capitalismo trata de nivelar el rendimiento individual mediante una mayor mecanización del proceso del trabajo y en eso generalmente tiene éxito. Pero eso no se produce de golpe, sino paulatinamente. Si en Alemania se fijase hoy en seis o siete horas la jornada, con el presente número de personas ocupadas se tendría sin duda un déficit considerable en la producción, que provisoriamente podría ser nivelado mediante el empleo de mayor número de fuerzas de trabajo. Tan sólo en el curso del tiempo podrían los capitalistas reponerse poco a poco mediante los métodos técnicos mejorados, etc. de la pérdida experimentada y volver a la misma productividad con las anteriores cifras del personal.

Por esta razón, considerando la racionalización, el problema de la disminución de la jornada debería ser tratado hoy muy diversamente a como se hizo hasta aquí. Siempre que el capitalismo eleva a las alturas la capacidad productiva mediante la mecanización y la mayor intensidad de trabajo del obrero, se le debería hacer ver que la ventaja obtenida no le corresponde a él sólo, sino que también los trabajadores deben recibir un equivalente por su mayor rendimiento, y eso en la forma de una disminución de la jornada; de manera que tras cada aumento de la producción se produzca automáticamente por decirlo así una disminución de las horas de trabajo. De ese modo la reducción de la jornada ejercería sobre el problema de la desocupación un influjo decisivo.

Para eso sería ciertamente necesaria una actitud muy diversa de las organizaciones sindicales. Los sindicatos no se han preocupado hasta aquí cuando los capitalistas, basados en la flojedad de los negocios, echan a la calle tantos o cuantos trabajadores, mientras otros disfrutan del privilegio de poder continuar trabajando. Incluso vemos todos los días que en todas las industrias se trabajan horas extras, mientras millones de trabajadores sucumben en la miseria. El sindicato tendría que reconocer ante todo que el obrero tiene derecho a la vida, y como ese derecho sólo se lo garantiza en la suposición de que su fuerza de trabajo encuentre una correspondiente aplicación, con ayuda de su organización debería tener la posi-



bilidad de participar en el proceso productivo. Si así se llegaba a una superproducción, todos los obreros de la industria respectiva reducirían las horas de trabajo, en lugar de hacer como hoy, que se arroja a la calle a millares y millares.

De este modo tendría la organización para los trabajadores una significación muy distinta y el sentimiento de solidaridad sería fomentado sin duda por esa notoria comunidad de los intereses y de las aspiraciones de una manera insospechada. Hoy que el proceso de la racionalización del capitalismo se extiende más y más sobre todos los países, ese problema urge formalmente por sí mismo a las organizaciones económicas del proletariado. Tal derecho de co-determinación de los trabajadores tendría una significación muy distinta a la del sueño de los socialdemócratas y de los jefes sindicales sobre una futura democracia económica, que en último resultado no pasaría de ser mucho más de la famosa colaboración entre el capital y el trabajo. Lo que surge de ella lo hemos visto ya bastante. Esperar que el Estado capitalista limite el poder de los monopolios y ejerza un llamado derecho de control sobre ellos, y nada menos que en interés de la comunidad, después de las experiencias de los últimos años, es una esperanza tan infantil que hay que maravillarse de que

especialmente la libertad de acción de los sindicatos hoy, cuando todos los derechos de los trabajadores y están estrangulados en todos los países, puedan abrigarse tales pensamientos.

Todos los derechos que han disfrutado los trabajadores hasta aquí no les fueron gratuitamente otorgados, sino que han sido obtenidos en duras luchas. Es absurdo pensar que será de otro modo en el porvenir. Al contrario, el último desarrollo del capitalismo muestra muy claramente que sus detentadores no tienen el pensamiento de ceder a los obreros lo más mínimo sin lucha. Por eso hay que emplear todos los medios de la lucha social para proteger a los trabajadores ante el nuevo feudalismo industrial, que levanta en todas partes amenazadoramente la cabeza y amenaza devorar los últimos restos de las posiciones conquistadas. Y esa lucha por la mejora de la situación, que es puesta en peligro por el sistema de la racionalización, tiene que ensancharse más y más hasta llegar a la lucha por la completa liberación social, que encuentra su expresión en la realización del socialismo anárquico.

Digamos otra vez al proletariado de todos los países: ¡Sólo en la lucha encontraréis el derecho y la libertad!



...Vivimos en Portugal bajo el mismo régimen odioso de espionaje de tiempos del Santo oficio. La delación, la más repulsiva acción humana, fué elevada ya a la categoría de virtud... (De un manifiesto clandestino de la C. G. T. Portuguesa, en ocasión del primero de Mayo)

EN RECUERDO DE LANDAUER

Fué un sangriento primero de mayo cuando el masacrador social-demócrata Gustav Moske envió sus guardias blancas a Munich para arrancar la ciudad de manos del proletariado revolucionario.

Han pasado nueve años desde entonces; la guardia de Noske cayó terriblemente sobre los trabajadores de Munich — una sangrienta y espantosa burla contra el pensamiento del primero de mayo. Más de 400 personas cayeron entonces fuera de la lucha armada víctimas de esas bestias criminales; entre ellas había un número de personalidades que habían desempeñado un papel espiritualmente importante en el movimiento obrero de Munich y más allá de sus límites también. A ese número pertenecía sobre todo uno cuyo recuerdo creemos un deber suscitar: Gustav Landauer.

Gustav Landauer salió del movimiento anarquista de Alemania, y hasta el fin, aunque ya desde 1900 aproximadamente actuaba siempre algo al margen del movimiento oficial alemán, fué un apasionado proclamador de las ideas anarquistas.

Murió por ese movimiento en medio de la lucha. Gustav Landauer fué sin duda la personalidad más característica y también la humanamente más importante que ha producido el anarquismo alemán. Era un espíritu vasto; no un héroe de la frase, no un caballero de algún principio, sino un hombre abarcativo; intentaba penetrar toda la vida con el aliento de sus ideas y renovarla en todos los dominios. Y lo ha hecho en su sentido, a través de todas sus evoluciones, siempre fiel, con toda energía, con pasión y convicción casi incomparables.

Gustav Landauer no era sindicalista; si viviera todavía no lo sería tampoco hoy. Pero eso no quiere decir que nosotros hayamos de renunciar a oír a Landauer, el hombre, aun cuando no llevase el sello de nuestra organización. Era o intentó ser algo así como una conciencia del movimiento anarquista. Lo que lo distinguió fué el haber sido a través de toda su vida un combatiente, un buscador, nunca un hombre perfectamente acabado; el no haberse contentado nunca con una determinada fraseología, y haber intentado construir, siempre construir. Y ese debería ser el distintivo de los anarquistas como hombres.

En este sentido tenemos mucho que aprender de Landauer.

En lo que sigue queremos dejar hablar ante todo a Gustav Landauer mismo para trazar un cuadro de sus aspiraciones. Su actitud especial frente al anarquismo consistía en querer dos cosas que, según su opinión, faltaban en todas partes más o menos al movimiento social. Deseaba apasionadamente una *animación*, una vibración desde dentro, quería entusiasmo, ardor del corazón, aliento viviente, sin lo cual, según su opinión, nada grande podía hacerse. Podemos decir que Landauer tenía muchísima razón. Pero por otra parte quería que la pasión de la lucha revolucionaria tuviera objetivos claros y palpables. Odiaba la frase vacía según la cual sólo se tiene que luchar por la "revolución social" y que todas las cosas internas y externas después de esa misteriosa revolución se reordenarían de inmediato por sí mismas; odiaba esa superstición profundamente y la veía incorporada ante todo en la conformación básica del marxismo; pero veía más todavía, veía que la satisfacción con algunas frases superficiales sobre las tareas prácticas de la revolución social estaba también generalmente difundida en los ambientes anarquistas; y quería que se aclararan las cosas, mostrar un camino práctico, real, que cada cual pudiera ver y seguir. Gustav Landauer quería que nadie esperase nada de milagros, sino que cada cual construyese sobre su propia acción.

La revolución hizo vibrar el alma de Landauer en una medida que vibró en pocos en aquel tiempo. Conmocionan las palabras que escribió entonces: "El caos está allí; nueva movilidad y conmoción se señalan; los espíritus despiertan; las almas se elevan a la responsabilidad, las manos a la acción; ojalá venga el renacimiento de la revolución; ojalá, ya que nada necesitamos tanto como hombres nuevos, puros, que se levantan de lo desconocido, de las tinieblas de lo profundo, ojalá no falten a nuestro pueblo esos renovadores, esos purificadores, esos salvadores"...

Creó que se realizaría lo que en 1908 había dicho como una visión profética en su "Aufruf zum Sozialismus": "Un espíritu viene sobre los hombres; y donde hay espíritu hay pueblo, donde hay pueblo hay

una cuña que penetra hacia adelante, una voluntad; donde hay una voluntad hay un camino; la palabra vale; pero sólo allí hay un camino. Y cada vez se vuelve más claro, cada vez penetra más hondo; cada vez se levanta más alto el velo, la red, la tela pantanosa de la lóbreguez; un pueblo se agrupa, un pueblo despierta... levantado con fuerza unificada; pues espíritu equivale a alegría, a poder, a movimiento que no se deja detener, que no se puede detener por nada del mundo. ¡En ese sentido quiero! Del corazón del individuo surge esa voz y esa demanda en igual forma; y así se crea la realidad de lo nuevo. Será otra cosa, finalmente, que lo que fué el ideal... Será mejor, pues no es ya ningún sueño de los llenos de presentimientos, de los ricos en dolores y anhelos, sino un vivir... Se convertirá en un pueblo; se convertirá en cultura, se convertirá en alegría".

Gustav Landauer se ilusionó amargamente sobre la conformación interna del proletariado alemán en la revolución. Si hubiese sido como Gustav Landauer quiso creerlo, la revolución habría quedado victoriosa y habría llevado a la construcción de algo nuevo. Pero Gustav Landauer no se contentó con suscitar el entusiasmo; pensó también sobre los fundamentos del socialismo y combatió ante todo toda concepción de que la historia por sí misma entrañaba en cierto modo una tendencia hacia el socialismo: "Pues compenetrémonos bien de esto, digámoslo al comienzo: el socialismo es algo grande y amplio; quiere ayudar a llevar a generaciones decadentes nuevamente a la altura, a la cultura, al espíritu y con ello a la asociación y a la libertad. Tales palabras suenan mal en los oídos de los autores de trataditos, desagradan también a aquellos cuyo pensamiento está impregnado por esa corrupción que emana de las doctrinas: los hombres, e igualmente también los animales, las plantas, el mundo entero están en continuo progreso...; siempre más y más allá desde el más profundo lodo del infierno hasta los más altos cielos. Y así el absolutismo, la servidumbre, la venalidad, el capitalismo, la miseria y la corrupción, todo eso no serían más que etapas, grados progresivos en el camino hacia el socialismo. Nosotros no colgamos en eso ninguna de esas llamadas concepciones científicas absurdas..." "Adormideras, filisteos están sobre tí, pueblo; ¿dónde están las naturalezas a lo Colón que prefieren ir en débil barquichuelo hacia lo incierto sobre alta mar, en lugar de esperar la evolución? ¿Dónde están los jóvenes, los alegres, los triunfales, los rojos que comiencen a reír sobre ese temor?" Pero claramente vió Landauer que el espíritu socialista así y sólo así llegaría a crear un nuevo fundamento de la economía humana. "No estamos justamente forzados a crear primero al pueblo una concepción del mundo que sería por completo artificiosa, pasajera, enfermiza o romántico-hipócrita y que hoy sería sometida a la moda. El placer de crear de los pequeños grupos y de las comunas de la justicia... la alegría social terres-

tre y la preparación popular de los individuos suscitará... el socialismo. El espíritu se manifestará directamente y se creará sus formas visibles de carne y sangre vivientes... los cuadros de santos de nuestra iglesia serán las instituciones de la economía racional".

El camino de la realización lo buscó Gustav Landauer toda su vida. Vió los procedimientos sin esperanza del movimiento obrero, su ideología política estatal, su completa ausencia de plan en todo lo que al socialismo se refería. Por eso era de opinión que había que crear alianzas, organizaciones que comprendan el socialismo y lo difundan directamente, sea por la construcción organizadora, sea por los experimentos prácticos. Pues: "Si viniera a vosotros, pueblos, el gran momento de la revolución por fin ¿a qué echaríais mano? ¿Cómo queréis conseguir que en el mundo, en cada país, en cada provincia, en cada comuna no pase nadie más hambre, ni frío, y no quede desnutrido ningún hombre, ninguna mujer y ningún niño?"

Y porque interrogaba así, rechazaba Gustav Landauer ante todo la superstición de que las formas de la realización socialista en un momento dado de la historia, podrían ser encontradas de repente y maravillosamente en el instante de la revolución. Decía: No esperéis a la revolución, no esperéis un día, una acción, una gran hora en que debe terminar la esclavitud y la miseria de milenios, comenzad más bien, ahora, a preparar y a construir. El conjunto económico del capitalismo es también mucho más complicado de lo que se podría suponer en un único momento histórico sobre un nuevo fundamento: "Nosotros no esperamos a la revolución para que comience el socialismo, sino que comenzamos a convertir el socialismo en realidad para que así adquiera la gran magnitud... No ha ocurrido nada para el socialismo, no se ha hecho lo más mínimo de él: ¿por qué que-



réis luchar y haceros matar? ¿Por la dominación de algunos jefes que luego sabrán lo que quieren, lo que han de hacer, cómo ordenar vuestro trabajo y la distribución de los bienes que necesitáis? ¿No sería mejor que todos supiésteis y obrásteis por vuestra cuenta?"

Por consiguiente hay que crear alguna forma previa del socialismo, un germen, una célula, un cristal que marquen la ley fundamental de lo nuevo. Es el pensamiento que basamenta propiamente también la parte constructiva del sindicalismo, en oposición a su aspecto sindical de lucha; el pensamiento que inspira nuestro sistema de federaciones de oficio y de industria y de federaciones locales, pero que desgraciadamente en el sentido constructivo-preparatorio está poco menos que sin ninguna expresión. Gustav Landauer quería que se trabajase realmente en ese terreno. Y como él reconoció claramente: "La clientela organizada es el capitalismo en el socialismo que comienza; o dicho de otro modo y mejor: en el socialismo se trabajará para el consumo; los capitalistas son los productores; y ambos son la misma persona... el socialismo comienza con la organización del consumo".

A Gustav Landauer hay que clasificarlo entre los socialistas experimentales; quería, partiendo de su pensamiento, edificar cooperativas de consumo y de producción, colonias. Eso lo separa del moderno sindicalismo; pero eso no puede ser un motivo para renunciar a estudiar en el pensamiento constructivo, socialista práctico de Gustav Landauer y realizarlo por fin en nuestras organizaciones.

Aquí da también Landauer indicaciones sobre cómo pueden unirse las luchas sindicales dentro del capitalismo con la acción socialista-constructiva: "En todo movimiento económico, en toda huelga, se deberían preguntar los participantes: ¿no podemos trabajar e instaurar en el tiempo del paro algo para nosotros mismos, para nuestra comunidad? ¿No podríamos hacer establecimientos para el consumo común, aunque no hubiera al comienzo más que sopa, que atendemos y sostenemos con nuestras propias fuerzas aun cuando la huelga haya terminado? Todos estos son pequeños comienzos, gérmenes, células".

Aquí se señala un campo de acción que por lo demás no sólo muestra caminos para el trabajo económico, sino también para el cultural; nombremos aquí un par de palabras: trabajo de grupos femeninos, grupos infantiles, hogares infantiles, etc.

Gustav Landauer quería que los socialistas fuesen combatientes, los anarquistas fueran realmente hombres activos que saben lo que quieren. Mostrar los caminos prácticos por los que podían hacer prosélitos. Quería que las organizaciones realizadoras del socialismo libertario fueran ejemplos luminosos de trabajo práctico.

Muy ligeramente pasan por sobre las muchas y ricas incitaciones de Landauer livianos revolucionarios

patentados, hombres de sistema. Pero nosotros creemos que es nuestro deber señalar a Gustav Landauer que lo puso todo en juego para la realización, que nunca estaba contento, que luchó y buscó siempre. Gustav Landauer ha muerto, pero debería revivir para nosotros, pues tiene todavía mucho que decirnos. Vió con perfecta claridad "el gran peligro de que Schlendrian e Imitación se apoderasen también de los revolucionarios y los convirtieran en filisteos del radicalismo, de las palabras tonantes y de los gestos de violencia: que no supieran y no quisieran saber que la transformación de la sociedad sólo puede venir en el amor, en el trabajo, en la paz".

Reproducimos aquí sólo un par de palabras de Landauer, sólo algunos pensamientos. Pero cada cual debe sentir que aquí habla un espíritu radiante y rico, para quien el socialismo y el anarquismo no eran palabras vacías, sino su más íntimo, su propio yo. Gustav Landauer ha servido durante toda su vida al socialismo. No podíamos detenernos aquí en su evolución que también es interesante y le llevó a diversos órdenes de actividad en terrenos espirituales y prácticos. Aquí no debíamos hacer más que señalar lo que le impulsó las últimas décadas de su vida; si le llevó alguna vez lejos de los hombres, lejos del movimiento, por caminos solitarios, ha madurado en el tiempo en Gustav Landauer algo de que no podemos privarnos nosotros tampoco. Pensemos en ese sentido en nuestro camarada tan infamemente asesinado e intentemos revivir la rica herencia que nos ha dejado. Se lo debemos, pues por nosotros, que vivimos, ha dejado su vida. ¡Aun queda mucho que hacer!

(Der Syndikalist, Berlín, 1 de mayo)



Tercer tomo de las obras completas

\$ 1.50

Encuadrado en tela \$ 3.50

E. MALATESTA

FEDERALISMO Y ANARQUIA

En los años pasados, en los tiempos de la Internacional, se quería adoptar a menudo la palabra "federalismo" como sinónimo de anarquía; y la fracción anárquica de la gran Asociación (que los adversarios, embebidos de espíritu autoritario, suelen rebajar las más vastas cuestiones de ideas a mezquinas cuestiones personales, llamaban la "Internacional bakunista") era llamada por los amigos indiferentemente "Internacional anarquista" o "Internacional federalista".

Era la época en que la "unidad" estaba de moda en Europa; y no sólo entre los burgueses.

Los representantes más escuchados de la idea socialista autoritaria predicaban la centralización en todo, y tronaban contra la idea federalista, que calificaban de reaccionaria. Y en el sentido mismo de la Internacional, el Consejo general, compuesto por Marx, Engels y compañeros socialistas democráticos, intentaban imponer su autoridad a los trabajadores de todos los países, centralizando en sus manos la dirección suprema de toda la vida de la Asociación, y pretendía reducir a la obediencia, o aplastar, a las Federaciones rebeldes, las cuales no querían reconocerles ninguna atribución legislativa y proclamaban que la Internacional debía ser una confederación de individuos, de grupos y federaciones autónomas, ligadas entre sí por el pacto de solidaridad en la lucha contra el capitalismo.

En aquella época, pues, la palabra "federalismo", si no era absolutamente fuente de equívocos, representaba bastante bien, aunque no fuese más que por el sentido que le daba la oposición de los autoritarios, la idea de libre asociación entre individuos libres, que es el fondo del concepto anárquico.

Pero ahora las cosas han cambiado desde hace tiempo. Los socialistas autoritarios, antes ferozmente unitarios y centralizadores, impulsados por la crítica anarquista, se declaran de buena gana federalistas, como comienzan a decirse federalistas la mayoría de los republicanos. Y por eso hace falta abrir bien los ojos y no dejarse engañar por una palabra.

Lógicamente el federalismo, llevado a sus últimas consecuencias, no sólo aplicado a los diversos lugares que los hombres habitan, sino también a las diversas funciones que realizan en la sociedad, llevado hasta el común, hasta la asociación para un objetivo cualquiera, hasta el individuo, significa lo mismo que la anarquía — unidades libres y soberanas que se federan en beneficio común.

Pero no es este el sentido en que entienden el federalismo los no anarquistas.

De los republicanos propiamente dichos, es decir de los republicanos burgueses no es el caso de ocuparse ahora. Ellos, sean unitarios o federalistas, quieren conservar la propiedad individual y la división de la sociedad en clases; y por eso, como quiera que esté organizada su república, la libertad y la autonomía serían siempre una mentira para el mayor número: — el pobre es siempre dependiente, esclavo del rico. El federalismo burgués significaría simplemente mayor independencia, mayor arbitrio para los amos de las diversas regiones, pero no menor fuerza para oprimir a los trabajadores, pues las tropas federales estarían siempre listas para acudir a poner freno a los trabajadores y defender a los amos.

Hablamos del federalismo como forma política, cualesquiera que sean las instituciones económicas.

Para los no anarquistas el federalismo se reduce a una descentralización administrativa regional y comunal más o menos vasta, salva siempre la autoridad suprema de la Federación. Pertener a la Federación es obligatorio; y es obligatorio obedecer a las leyes federales; las cuales deberían regular los asuntos "comunes" a los diversos confederados.

Quien establece luego cuáles son los asuntos que deben dejarse a la autonomía de las diversas localidades, y cuáles los comunes a todos que deben ser objeto de leyes federales, es aun la Federación, es decir, es el gobierno central mismo quien lo decide. ¡Un gobierno que debe limitar la propia autoridad!... se comprende ya que la limitará lo menos posible y que ten-

derá continuamente a sobrepasar los límites que al principio — cuando era débil — tuvo que imponerse.

Por lo demás, este más o menos de autoridad se refiere a los diversos gobiernos comunales, regionales y centrales en las relaciones que tienen entre sí. El individuo, el hombre, permanece siempre materia gobernable y explotable a discreción, — con el derecho a decir por quién le agradaría ser gobernado, pero con el deber de obedecer a cualquiera que sea el parlamento que salga del alambique electoral.

En este sentido, que es el sentido en que existe en algunos países y en el cual lo desean los más avanzados entre los republicanos y los socialistas democráticos, el federalismo es un gobierno que, como todos los demás, está fundado en la negación de la libertad del individuo y tiende a volverse cada vez más opresivo, y no halla límite a sus pretensiones autoritarias más que en la resistencia de los gobernados. Somos, por consiguiente, adversarios del federalismo como de toda otra forma de gobierno.

Aceptaremos en cambio la calificación de federalistas cuando se entienda que toda localidad, toda corporación, toda asociación, todo individuo es libre de federarse con quien más le agrade o de no federarse en modo alguno, que cada cual es libre de salir cuando le plazca de la Federación en que ha entrado, que una federación representa una asociación de fuerzas para el mayor beneficio de los asociados y que no tiene, como conjunto, nada que imponer a los federados aislados, y que cada grupo como cada individuo no debe aceptar ninguna resolución colectiva más que cuando le conviene y le agrada. Pero en este sentido el federalismo no es ya una forma de gobierno; es sólo otra palabra para decir anarquía.

Y esto vale tanto para las federaciones de la sociedad futura como para las federaciones entre los compañeros anarquistas para la propaganda y para la lucha.

(De "La Question Sociale", periódico socialista-anárquico de Paterson, N. J., 1899-1900).

SPARTACO ACRATE

La igualdad, realización de la justicia

Por mucho tiempo ha sido idea corriente entre los socialistas, y también entre muchos anarquistas, — y la idea ha quedado más arraigada en aquellos anarquistas que más se resentían de la influencia marxista, especialmente de la corriente sindicalista, — que bastará la victoria del proletariado (y los socialistas especifican el "advenimiento al poder" del proletariado) para restablecer la justicia en las relaciones sociales.

Es un error, que la revolución rusa ha puesto en claro con la más dolorosa experiencia. También el advenimiento de la burguesía sobre las ruinas del feudalismo parecía que debiese garantizar a la sociedad contra las monstruosas usurpaciones de los señores, de los feudatarios, de las monarquías absolutas. Pero considerando la dominación de la burguesía, ¿no se han reproducido en su seno las mismas monstruosidades, o poco menos, en el poder omnipotente de algunos Estados modernos, de los grandes capitalistas, de la alta banca, de los trusts, etc., en daño de la mediana y pequeña burguesía y de toda una parte no indiferente del mismo capitalismo? Poco nos importa, repetimos, la situación injusta, rela-

tivamente a los excesos dominadores actuales, de esta parte de la burguesía, que es nuestra enemiga como sus competidores y rivales más afortunados; lo que nos preocupa es que la misma injusticia no se perpetúe, transmitiéndose al proletariado, cuando éste — o por decir mejor, la minoría que tome su nombre o se diga su representante, — asumirá el puesto de la clase dominante actual.

Que hay una tendencia a ello lo vemos en la constitución, en los programas, en la táctica práctica de los partidos socialistas, que tienden a la conquista del poder; incluso es propiamente la conquista de los poderes públicos lo que mejor caracteriza a esa tendencia perniciosa. Toda forma de gobierno, incluso la más democrática, mientras en teoría se dice representante de toda la sociedad, en realidad es el exponente de la parte más afortunada de ésta, que por medio precisamente del Estado se conserva en una situación de privilegio. Hoy mismo, observando el movimiento proletario actual, vemos qué diferencia existe entre las diversas categorías de la clase obrera; algunas minorías han alcanzado una situación verdaderamente privilegiada en comparación a las

otras, a la gran mayoría, que permanecen en un estado de sumisión y de explotación indecible.

La existencia de la burguesía y su dominio prepotente sobre todas las clases sometidas hace que la situación privilegiada de algunas categorías proletarias sea inestable y esté siempre en peligro. De ahí el interés de éstas de mantenerse en contacto con todo el resto del proletariado, de ahí el mutuo apoyo y el cambio recíproco de solidaridad. Pero cuando el común enemigo no presione ya sobre todas las categorías proletarias, si la revolución no ha hecho tabula rasa según justicia de todas las desigualdades de hecho, si no destruye el instrumento principal del privilegio que es el Estado, las categorías más afortunadas por la cultura, por la energía o por la función que cumplen, que serán propiamente las que tendrán el poder del Estado en sus manos ¿no constituirán a su vez la "clase dominante" privilegiada de mañana, en daño de las otras categorías que en la lotería de la revolución hayan sacado los números más bajos?

No nos hagamos ilusiones sobre un hipotético espíritu "espontáneo" de igualdad de las masas. Observando el movimiento proletario actual, debemos constatar desde ahora tendencias a la dominación, que se desarrollan en el seno de la clase obrera, de una categoría en daño de otras. Cuando no urge la lucha contra los amos, nosotros, observando de cerca y desde dentro el movimiento obrero, podemos notar que hay luchas internas entre categoría y categoría, determinadas por situaciones de privilegio de la una contra la otra. Y no es raro el caso que una trate de perjudicar a otra, precisamente porque se vuelve a prometer una ventaja del daño acarreado a esta. Las supersticiones de categoría no son un misterio para nadie; son uno de los gusanos roedores de la organización proletaria y lo saben bien los dirigentes más conscientes de ésta cuánto trabajo les procura el dirimir los conflictos internos renacientes de continuo, en el desarrollo de la resistencia de clase, para mantenerla compacta y solidaria frente a la clase burguesa.

Sin embargo, estos conflictos son determinados por intereses reales por el mismo desarrollo de las fuerzas económicas. No basta, por tanto, la consideración de los solos factores económicos para guiarnos hacia la revolución libertadora. El hecho económico es la base material y además el terreno sobre el cual hay que construir después de haber destruido; pero para bien destruir y mejor construir — de manera que sean eliminados todos los males que hoy deploramos, es preciso que nuestra obra sea inspirada en un ideal superior de justicia. Arquímedes decía: dadme un punto de apoyo y con la palanca levantaré el mundo. Y bien, el factor económico es el punto de apoyo necesario, pero la palanca, igualmente indispensable para levantar y devolver el mundo de la injusticia es el ideal — la idea de justicia de la anarquía.

El socialismo de Estado — en un tiempo esta alocución era rechazada por los socialistas actuales, y hoy en cambio son ellos mismos quienes la aceptan — el socialismo de Estado, incluso el menos reformista y más aparentemente revolucionario, quiere sustituirse a la burguesía, en el ejercicio del poder gubernativo, y desde hoy por tanto tiende a constituir a su alrededor una fuerza dominadora, un verdadero y propio ejército de pequeños privilegiados, diputados, etc. Es aún una minoría influyente que tarde o temprano consentirá al socialismo democrático la subida al poder. Entonces vencerá, es verdad, — o mejor absorberá, — a la clase burguesa (si el socialismo mismo no es en cambio absorbido por ella), pero combatirá también al resto del proletariado que no se haya reunido bajo sus alas, a las minorías revolucionarias y a las mayorías más débiles, las que no hayan podido serles favorables o que le puedan ser superfluas o servirle de estorbo. Y dos clases, una dominante y la otra sometida, subsistirán aún, — y la verdadera revolución, la libertadora para todos, quedará aún por hacer.

¿No vemos hoy en Rusia la reformación de las clases, la delineación cada vez más fuerte a través de la dictadura de una casta dirigente, la cual en este momento es solamente incierta, — y la incertidumbre la divide, — para basamentar su poder sobre la minoría de las categorías más afortunadas del proletariado industrial o bien sobre la minoría de los campesinos enriquecidos?

La revolución libertadora de todo el proletariado, y también de toda la humanidad, de todas las opresiones, no puede ser más que anarquista, precisamente porque una revolución de que anarquía saliera triunfante sería la única correspondiente a la idea de justicia que anima no sólo a nosotros, sino tendencialmente a todo el mundo contemporáneo.

¿Cuándo se hará esa revolución? No lo sabemos. Tal vez antes de ella, vendrán otras revoluciones que resolverán problemas parciales, que vencerán algunas resistencias de la burguesía. Serán otros tantos pasos hacia la liberación auspiciada, y serán bienvenidos. Tal vez los acontecimientos maduren destinos diversos de los que los anarquistas auguran, incluso contrarios. No importa. Mientras la revolución no haya resuelto el problema de la igualdad y de la libertad para todos, mientras no se haya producido según una idea de justicia superior, no será nunca completa y deberá recomenzar siempre. Esto es bien seguro.

Cuando los anarquistas, mediante el cultivo intelectual y la experiencia práctica, mediante, sobre todo, el examen de los hechos históricos, después de Bakunin y después de la Internacional, después de Proudhon y de todos los utopistas del socialismo, han llegado a formular los dos conceptos que se integran recíprocamente de la libertad sobre la negación del Estado y del comunismo sobre la negación del mo-

nopolio capitalista, daban a la revolución obrera una finalidad que respondía al mismo tiempo a las necesidades y a las tendencias materiales de la clase trabajadora y las necesidades y tendencias morales de la humanidad hacia un concepto de superior justicia.

He dicho más de una vez en otras ocasiones, y también hablando de las "razones de la anarquía", del sentido relativo y contingente que es preciso dar a las fórmulas en que esos fundamentos del anarquismo han hallado su más simple y clara expresión. El comunismo libertario es entendido en un sentido general, tendencioso, más que en un sentido definido y definitivo en todo su aspecto. Así, la libertad del individuo en la sociedad sabemos que no será nunca absoluta, como nada de absoluto puede ser alcanzado jamás. Sin embargo, hay una realidad social, de hecho, sobre el cual la crítica y la revolución pueden obrar en un sentido libertario. No sabemos si bastará la eliminación de las instituciones gubernativas y coactivas para dar al hombre una suficiente libertad, pero sabemos que sustituir la organización autoritaria coactiva por la organización libre de mutuo acuerdo es posible, responde a nuestro ideal de justicia y nos aproxima a la inalcanzable libertad absoluta.

Indudablemente el anarquismo, negando la autoridad coercitiva del hombre sobre el hombre, responde a una necesidad material nuestra de libertad. Nosotros sentimos todos el peso del Estado sobre el cuello y queremos libertarnos de él; todos sus engranajes de coacción, jurídicos, militares, administrativos, fiscales, constituyen una continua ofensa a nuestra existencia. Y nos rebelamos; pero en la rebelión nos guía también una idea de justicia, según la cual nos repugna que el hombre pueda mandar sobre el hombre e imponerle su voluntad por la fuerza.

Nos sentimos como hombres iguales en derecho al rey en nombre del cual se nos condena y al magistrado que nos condena, al oficial que, cuando somos soldados, nos ordena movernos a su capricho y al diputado que decide el reclutamiento, al recaudador que nos obliga a pagar las contribuciones y al ministro que regula a su modo la administración de cuanto se nos quita, etc. De este sentimiento se deriva en gran parte el odio al privilegio de todos esos dominadores de la sociedad y la voluntad de derribarlos de su pedestal. Pero al mismo tiempo vemos iguales en derecho también en los millones de míseros, de explotados, de oprimidos que sufren en la base de la pirámide social todo el peso de la injusticia social; y de ahí surge el amor hacia ellos y la voluntad de libertarlos. Este sentimiento íntimo de igualdad hace más viva, más entusiasta, da casi un carácter religioso a la revuelta anarquista, — en cuanto los anarquistas no quieren libertar y ponerse en el puesto de los dominadores para dominar a su vez, sino que quieren hacer imposible para todos el dominio y libertarlos a todos, según un concepto de igualdad social.

Del mismo modo, cuando consideramos el aspecto

económico del problema social y se declaran comunistas, los anarquistas obedecen a los mismos móviles material uno, ideal el otro: la necesidad de liberarse de la explotación capitalista y de sustraerse a los sufrimientos que comporta, y el deseo de que todos participen de esa liberación. La consideración utilitaria de que la verdadera emancipación económica propia no es posible sino a condición de la emancipación de todos viene después, y por lo menos no es la que da el impulso mayor a la revuelta; es un razonamiento lógico, una demostración matemática, que conforta y da la certidumbre de estar sobre el buen camino, pero es un argumento que nos alcanza en la ruta, no el que nos ha puesto en la ruta. La revuelta contra los amos es la resultante de factores más simples, más impulsivos; la necesidad material sentida por cada uno de nosotros y el sentimiento ideal de justicia que nos anima ante el espectáculo de la justicia imperante, sentimiento que asocia nuestra rebelión a la rebelión de todos los explotados y prepara la revolución.

Si estuviese ausente ese espíritu ideal de justicia, y nos moviese únicamente un móvil materialista de mejoras económicas, caeríamos pronto en el egoísmo más bajo. Si a la consideración de las tristes condiciones nuestras agregamos la consideración de las tristes condiciones ajenas, es porque un factor ideal se agregó al factor material. Si no fuese así, no habría revolucionarios ni revoluciones; habría sólo masas inconscientes que se rebelarían de cuando en cuando, siempre que apremiase demasiado el aguijón de la miseria. Las minorías militantes de los revolucionarios no existirían, porque evidentemente si todo revolucionario pensase sólo en sí y desarrollase para sí mismo toda la energía que despliega en la lucha con fines generales, resolvería su particular problema de la existencia mucho mejor, más seguramente y mucho antes. Pero no sería ya un revolucionario; y se iría a formar parte de la clase de los opresores.

Pero por fortuna esto no ocurre y no puede ocurrir más que para un pequeño número; y la renovación continua del contingente revolucionario repara suficientemente las inevitables pérdidas causadas por el cansancio, por el egoísmo, por la traición. Y además es preciso tener en cuenta también el fenómeno inverso, que también los movimientos en apariencia menos idealistas de las clases oprimidas, es decir más informados de objetivos utilitarios, tienen en el fondo, a menudo inconsciente y disimulada, una idea de justicia que en parte les determina. Pero cuanto más disimulado es el móvil ideal y más inconsciente, tanto menos revolucionario es el movimiento y tanto menos responde al interés de los trabajadores; y es precisamente por esto que los anarquistas se esfuerzan porque el movimiento del proletariado se vuelva consciente del propio fin y sepa también cuando es preciso sacrificar el éxito material inmediato y de categoría al éxito general de mañana que es preciso alcanzar según un criterio de justicia para todos.

EMMA GOLDMAN

Psicología de la violencia política

II

El conjunto de atentados políticos cometidos en Europa presenta numerosos ejemplos de bastante significación sobre la influencia del medio en personas de una sensibilidad no común.

El breve discurso de Vaillant, quien en 1894 arrojó una bomba en la Cámara de Diputados de París, es lo que nos da la clave de la psicología correspondiente a semejantes actos. He aquí sus palabras:

"Señores, en pocos minutos pueden sentenciarme, pero al recibir vuestro veredicto, por lo menos, tengo la satisfacción de haber herido la actual sociedad, esa maldita sociedad, donde puede verse a un hombre despilfarrar suficiente dinero para alimentar miles de familias durante toda su vida; una infame sociedad que permite a unos cuantos monopolizar el bienestar común, mientras cientos de miles de seres infortunados no poseen siquiera el pedazo de pan que no se les rehúsa a los perros y en tanto que familias enteras se suicidan por faltarles todo lo más necesario para la vida.

"¡Ah, señores, si las clases dominantes descendieran entre las más desgraciadas! No, ellas prefieren permanecer sordas a sus llamados. Parece que la fatigada empuja, lo mismo que a la realeza del siglo XVII (hacia el precipicio que las hará desaparecer; ¡guay de los que son sordos a los llamados de los hambrientos, guay de aquellos que, creyéndose de esencia superior, asumen el derecho de explotar a quienes se hallan debajo de ellos! Llega el tiempo en que el pueblo no reconoce razones; se levanta como un huracán y devasta como un torrente. Entonces veremos cabezas sangrantes colgadas de las picas.

"Señores, entre los explotados hay dos clases de individuos. Aquellos que nada comprenden de lo que son y de lo que pudieran ser, toman la vida como viene, creen que han nacido esclavos y se resignan con lo poco que reciben a cambio del trabajo que realizan. Pero hay otros que, al contrario, tratan de pensar por su propia cuenta, que estudian, que saben mirar alrededor de ellos para descubrir las iniquidades sociales. ¿Es falta suya, si ven claro y sufren viendo sufrir? Ellos se entregan a la lucha y se hacen los portavoces de los anhelos populares.

"Señores, yo soy uno de los últimos. En dondequiera que he ido, he presenciado el mismo espectáculo: el desventurado, el desheredado bajo el yugo del capital. En cualquier parte he visto las mismas heridas causando lágrimas y sangre, aun en los más remotos sitios, en los inhabitados lugares de Sud América, donde podían tener el derecho a creer que quien se hallase despojado de las penalidades de la civilización podía reposar bajo la sombra de una palmera y estudiar la naturaleza. Bien, allá todavía más que en ninguna otra parte; he visto al capital que como un vampiro sorbía la sangre de los parias hasta la última gota.

Entonces regresé a Francia, donde se me reservaba el espectáculo de ver a mi familia sufrir horriblemente. Esta era la última gota en la copa de mis dolores. Cansado de conducir esta vida de continuo padecer y de cobardía, arrojé esa bomba contra quienes son los directamente responsables de la miseria social.

"Se me reprocha las heridas que causaron los proyectiles de mi bomba. Permítaseme hacer notar que si los burgueses no hubieran masacrado u ordenado matar se hallarían aun bajo el pie y la tiranía de la aristocracia y de la nobleza. Por otra parte, hay que imaginarse los heridos y los muertos de Tenkín, de Madagascar, de Dahomey, añadidos a los miles, sí, los millones de infelices que mueren en las fábricas, en las minas y en dondequiera se afirme la garra del capital. Después de todo esto, de poco peso son los reproches que se me puedan hacer!

Es verdad que lo uno no borra lo otro; pero después de todo, ¿no obramos en defensa propia al contestar los golpes que recibimos de arriba? Sé demasiado que se me dirá que no debía involucrarme a mí mismo, para hablar de las reivindicaciones del pueblo. Pero ¿qué queréis. Alzo mi voz y grito muy fuerte para hacerme escuchar de los sordos. Durante mucho tiempo se ha respondido a nuestras voces con la cárcel, con la cuerda que nos ahorcaba y con los fusiles. No cometan error; la explosión de la bomba no es sólo el grito desesperado del rebelde Vaillant, sino el grito de una clase entera, que reivindicará sus derechos y que pronto añadirá los hechos a las palabras. Estad seguros, son inútiles todas las leyes que se sancionan. Las ideas de los pensadores no se detendrán; así como en el último siglo los gobiernos no pudieron con todas sus fuerzas impedir que Diderot y Voltaire propagasen sus ideas emancipadoras entre el pueblo, tampoco todos los gobiernos existentes podrán prevenir que Reclus, Darwin, Ibsen, Mirbeau expandan sus ideas de justicia y libertad que destruirán los prejuicios que mantienen en la ignorancia a las masas. Y esas ideas, bienvenidas por parte de los desamparados, florecerán en actos de revuelta, de protestas ruidosas, como el mío, hasta el día en que, desaparecida toda autoridad, los hombres se organizarán según sus libres acuerdos, donde cada uno disfrutará del producto de su labor y cuando todas esas enfermedades llamadas prejuicios se desvanecerán, permitiendo a todos los seres humanos vivir en armonía, sin otro deseo que sumirse en el estudio y amar a sus semejantes.

Termino, señores, diciendo que una sociedad en la cual se puede comprobar esas odiosas e irritantes desigualdades como vemos a nuestro alrededor, y que cada día nos trae varios suicidios por pobreza; la prostitución pululando en las esquinas de cada calle, una sociedad en la que los principales monumentos son cuarteles o cárceles, — es una sociedad que debe ser transformada lo más pronto posible, so

pena de verse eliminada rápidamente de la humanidad. Enaltezo a todo el que trabaja por cualquier medio que sea a la transformación de esta sociedad. Esta es la idea que me guió en el duelo con las autoridades, y como en el duelo sólo fué herido mi adversario, me llega el turno para ser herido a mi vez.

"Ahora, señores, nada me importa la pena que se me inflija, pues contemplando a esta asamblea con los ojos de la razón, no puedo hacer a menos de sonreírme al verlos como átomos de una materia perdida, quienes, razonando solamente por poseer una espina dorsal más prolongada que la de los animales, asumen el derecho de juzgar a sus semejantes.

"¡Ah, señores, qué mezquina y pequeña es esta asamblea y el veredicto que acabáis de formular en comparación con la historia de la humanidad; y ésta a su vez es también muy pequeña comparada con el infinito, con ese torbellino que la lleva a través de la inmensidad; ella estará destinada a desaparecer o, a lo menos, a transformarse, comenzando así la misma historia, los mismos hechos, en un verdadero juego de fuerzas cósmicas, que se renuevan y evolucionan sin cesar".

¿Habrá alguien que pueda afirmar que Vaillant era un ignorante, un vicioso o un demente. ¿Su intelecto no era acaso de una asombrosa claridad y de una singular potencia analítica? No hay, pues, por qué sorprenderse que los elementos intelectuales más destacados de Francia hablaran en su favor y hasta firmaran una petición para que el presidente Carnot le conmutase la pena de muerte.

Carnot no quiso escuchar esos pedidos de clemencia; reclamaba así, como el judío legendario, algo más que una libra de carne, exigía la vida de Vaillant, y lo inevitable aconteció: el presidente Carnot fué muerto. En el puño del puñal del que había cometido ese hecho se hallaba grabado un nombre: *Vaillant!*

Santos Caserio era un anarquista. Pudo salvarse, huir; pero se quedó; quería afrontar las consecuencias.

Las razones que dió para la ejecución de ese acto, eran expuestas de manera tan simple, tan digna e ingenua que hace recordar el piadoso testimonio que tuvo para él una maestra de aldea, Ada Negri, la poetisa italiana, quien dijo era una planta humana de un carácter muy dulce, de gran sensibilidad y de textura tan delicada que no estaba hecha para resistir los embates crueles de la vida.

He ahí sus palabras ante el jurado:

"Señores del Jurado; no me propongo hacer mi defensa y sí dar algunas explicaciones sobre el acto cometido.

"Desde mi más tierna edad pude comprender que la presente sociedad está muy mal organizada, tan mal que cada día muchos hombres, en el colmo de su desesperación, se suicidan, abandonando mujer y niños en la más grande miseria. Centenares y millares de trabajadores buscan trabajo sin encontrarlo. Muchas familias, en la mayor pobreza, mendigan sus comidas y tiritan de frío; se hallan en el más completo desamparo, sus pequeños piden pan a sus madres y ellas no pueden dárselo porque no tienen. Las pocas cosas que poseen en el hogar deben venderlas o empeñarlas. Todo lo que después pueden hacer, es salir a la calle y pedir limosna; a menudo se les detiene como vagabundos.

"Abandoné el lugar donde nací, porque muchas veces me conmovía hasta las lágrimas al ver que niñas de corta edad, de ocho y diez años, estaban obligadas a trabajar de diez a quince horas por la mi-

seria de veinte céntimos diarios. Jóvenes mujeres de diez y ocho años también trabajan quince horas por una ridícula paga. Y esto no sucede solamente con mis compatriotas, sino a los trabajadores en general que penan todo el día por un pedazo de pan, mientras que su labor produce en abundancia un bienestar de que ellos no gozan. Los trabajadores viven en condiciones horribles y deben mantenerse con un pedazo de pan, unas cuantas cucharadas de arroz y agua; es por eso que cuando llegan a los treinta o cuarenta años están viejos, agotados, tienen que ir a los hospitales y allí muchos mueren. Además, a causa de la mala alimentación y el excesivo trabajo, esas desgraciadas criaturas son devoradas, por centenares, por la *pellagra*, una enfermedad que, en mi país, según los médicos, ataca a las personas mal alimentadas, que llevan un vida de trabajo y de privaciones.

"He observado que aquí existe mucha gente con hambre, con niños que sufren, mientras el pan y los vestidos abundan en las ciudades. He visto varias casas de negocio llenas de ropa, de géneros de toda clase, así como los grandes almacenes con trigo y maíz que les vendrían muy bien a los que lo necesitan. Por otra parte, también he visto miles de personas que no trabajan, que nada producen y viven sobre el trabajo de los otros, quienes gastan miles de francos en divertirse; que seducen y corrompen las hijas de los trabajadores; que poseen para su uso particular 50 piezas; veinte o treinta caballos, numerosa servidumbre; en una palabra, todos los placeres de la vida.

"Yo creía en Dios; pero cuando empecé a ver la gran desigualdad que existe entre los hombres, comprendí que no había sido Dios quien había creado al hombre, sino el hombre a Dios. Descubrí que quienes necesitan que se respeten sus propiedades tenían un gran interés en hacer creer en la existencia de un paraíso y de un infierno, manteniendo así al pueblo en la ignorancia.

"No hace mucho que Vaillant arrojó una bomba en la cámara de diputados para protestar contra el sistema actual. A nadie mató y sólo hirió a algunas personas; asimismo la justicia burguesa lo sentenció a muerte. Y no satisfecha todavía con la condena absoluta del culpable, se comenzó a perseguir y a detener no solamente a los que conocieron a Vaillant, sino también a los que simplemente acudían a las reuniones y conferencias anarquistas.

"El gobierno no pensaba en el desamparo de sus viudas y niños. No consideró que el hombre guardado en la prisión no era el único que sufría, sino los chicos que gritaban y lloraban pidiendo pan. La justicia burguesa no se molestó acerca de esos inocentes, víctimas que no conocen todavía lo que es esta sociedad. No es falta suya si sus padres se hallan en la cárcel; sólo quieren comer.

El gobierno realizó requisiciones en los domicilios privados, violó correspondencia privada, prohibió las conferencias y las reuniones, imponiendo sobre nosotros la más infame opresión. Hasta ahora, cientos



de anarquistas fueron arrestados por escribir artículos en los periódicos o por expresar abiertamente en público sus opiniones.

"Señores del Jurado, ustedes son los representantes de la sociedad burguesa. Si necesitan mi cabeza, tómenla; pero no crean que obrando de esta manera matarán la propaganda anarquista. Tengan cuidado, los hombres cosechan lo que siembran".

Durante la procesión de 1896, en Barcelona, fué arrojada una bomba. Inmediatamente 300, entre mujeres y hombres, fueron arrestados. Algunos eran anarquistas, pero la mayoría estaba formada por socialistas y sindicalistas. Se les aherrjó en esa terrible bastilla de Montjuich y se les sometió a los más horribles suplicios. Después de haber asesinado un buen número o atacados de demencia, la defensa de su causa fué tomada por toda la prensa liberal de Europa; de lo cual resultó la libertad para algunos de los sobrevivientes.

Uno de los principales responsables de haber revivido los tiempos de la inquisición fué Cánovas del Castillo, primer ministro de España. Fué él quien ordenó la tortura de las víctimas, para que se les quemasen las carnes, se les retorciere los testículos, se les dislocase los huesos. Avezado en el arte de la tiranía brutal, practicado durante su régimen en Cuba, Cánovas permaneció sordo a los llamados y a las protestas surgidas al despertarse la conciencia del mundo civilizado.

En 1897 Cánovas del Castillo fué muerto por un tiro de revólver, que le descerrajó un joven italiano: Angiolillo. Este había editado un periódico en su suelo natal y ciertas desnudas verdades y cierta ideología de tinte subversivo pronto llamaron la atención de las autoridades. Empezaron a perseguirlo y Angiolillo se escapó de Italia a España, luego a Francia, Bélgica hasta que se estableció en Inglaterra. Entretanto, encontró empleo de tipógrafo y muy pronto se hizo amigo de todos sus colegas. Uno de ellos describía a Angiolillo en estos términos: "Su aspecto sugiere más al periodista que al discípulo de Gutenberg. Sus manos delicadas revelan que no creció al lado de las cajas de tipos. Con su hermoso rostro, su lacio y negro cabello, su expresión alerta, el verdadero tipo del meridional vivaz; poseía el español y el francés, pero no el inglés; pero el poco francés que conocía no le servía para sostener una conversación más o menos prolongada. Sea como fuese, Angiolillo muy pronto empezó a adquirir las principales nociones del idioma inglés; lo aprendía fácilmente, casi jugando, y no necesitó mucho tiempo para ser querido y estimado por todos sus compañeros de trabajo, tipógrafos e impresores. Sus distinguidas y asimismo modestas maneras y el respeto que tenía por sus colegas le atrajo el cariño de los muchachos".

Angiolillo, por los diarios, se familiarizó, — por leerlos y releerlos —, con todos los detalles de la tragedia de Montjuich. Por ellos se informó de la gran ola de simpatía que esas pobres víctimas habían despertado en el corazón de casi todo el mundo. En Trafalgar Square pudo ver con sus propios ojos el resultado impresionante de esas atrocidades, cuando unos cuantos españoles, escapados de entre las garras de Cánovas, llegaron a Inglaterra en busca de asilo. En un mitin monstruo que se realizara en esa misma plaza, esos hombres abrieron sus camisas, mostrando sus carnes llagadas, rajadas por las quemaduras y otros instrumentos de tortura. Angiolillo vió eso, y el efecto que le hizo fué tan intenso que sobrepusó el contenido de mil teorías; el impetu del dolor iba más allá que toda palabra, que todo argumento,

superior al que lo sufría.

Don Cánovas del Castillo, primer ministro de España, pasaba su temporada de vacaciones en Santa Agueda. Como se estilaba en esos casos, no se permitía que nadie merodease en las vecindades, ni menos a ninguna persona extraña que llegase a su presencia. Se hizo una sola excepción, para un caballero de porte distinguido, que vestía con toda elegancia — el representante, según se dió a entender, de un importante diario. El caballero elegante y distinguido no era más que Angiolillo.

Pasos por la terraza. De pronto, se le enfrentó Angiolillo. De pronto, se le enfrentó Angiolillo. Sonó un tiro y Cánovas cayó para no levantarse más. Su esposa corrió hacia el lugar de la escena y señalando a Angiolillo gritaba: ¡asesino, asesino! Este, inclinándose ante ella, dijo: *¡pardon, madame!* La respeto como mujer, pero lamento que sea Vd. la esposa de ese hombre".

Con extrema serenidad afrontó la muerte. Una muerte de las más horribles, para ese hombre, cuya alma era la de un niño.

Se le dió garrote. Su cuerpo yació, besado por el sol, hasta que atardeció y el día se arrebujó en las luces del crepúsculo. Y la gente vino y, señalándole con el dedo, temblorosa de terror, decía: "¡Allí, allí está el criminal, el cruel asesino!"

¡Cuán estúpida y ciegamente despiadada es la ignorancia! ¡Siempre todo lo comprende mal y siempre condena!

Un paralelo llamativo en el caso de Angiolillo se encuentra en el caso de Gaetano Bresci, quien atentara contra la vida del rey Humberto, haciendo, así, famosa una ciudad de Norteamérica.

Bresci pisó tierra norteamericana, este suelo de las grandes posibilidades, cuando casi todos trataban de apresar el vellocino de oro del éxito. Sí; él también trataba de triunfar. Trabajaba arduamente y era ejemplar en el cumplimiento de su deber. No le temía al trabajo, si éste podía proporcionarle su independencia económica, dignidad y un poco de bienestar para los suyos.

De este modo, con el ánimo pleno de esperanzas y de entusiasmo se estableció en Paterson, New Jersey, y allí encontró un puesto más o menos lucrativo, unos seis dólares por semana en una de las hilanderías del lugar. Seis dólares semanales podría ser una fortuna para Italia; pero apenas alcanzaban para mantenerse en el nuevo país. Amaba su pequeño hogar. Era un buen marido y un padre diligente para su *bambina* Bianca, a quien adoraba. Trabajó y trabajó durante un buen número de años. Al fin pudo arreglarse para ahorrar cien dólares de los seis ganados semanalmente.

Bresci tenía un ideal. Sé demasiado que es una locura para un trabajador tener un ideal, y éste era un periódico que se publicaba en Paterson: *La Question Sociale*. Todas las semanas, aunque cansado por el trabajo, ayudaba a la impresión del periódico. Se quedaba hasta las últimas horas de la noche y cuando un día ese pequeño portavoz agotó sus reservas, y sus camaradas se entregaban a la desesperación, Bresci trajo el optimismo y la esperanza con aquellos cien dólares; el ahorro completo de varios años. Ese dinero mantendría a flote el periódico.

En el país donde nació, la gente se moría de hambre. La cosecha fué muy pobre y los campesinos se veían abocados a una terrible carestía. Apelaron al gobierno, el rey Humberto, para que los ayudase.

Se llevaron a cabo manifestaciones callejeras. Las viudas y las mujeres de los campesinos, en su inge-

nidad, levantaban en alto sus pequeñuelos, de rostros macilentos, con el propósito de conmovir a las autoridades y al buen rey Humberto. El las salvaría de la miseria. En cambio, los soldados descargaron sus fusiles sobre esa muchedumbre de pobres inconscientes, matando a muchos de ellos.

Bresci leyó todos los detalles horripilantes de esa masacre. Los leyó durante las horas de trabajo en la hilandería de Paterson; y luego se desarrollaron en su mente esas escenas de horror, con las inermes mujeres clamantes con sus niños en lo alto y masacradas ante los ojos de ese buen rey. Su sensibilidad se estremecía en un obsesionante dolor. De noche, en sueños, oía los ayes de los heridos. Algunos de ellos debían ser hermanos suyos, carne de su propia carne. ¿A qué causa obedecía esa carnicería idiota?

El pequeño grupo de anarquistas de Paterson casi se disuelve a puñada limpia. Bresci exigía que se le devolviesen sus cien dólares. Sus camaradas le imploraron que siquiera les concediera un plazo para devolvérselos. Bresci seguía exigiendo su devolución inmediata. Se le objetaba que la existencia del periódico estaría en trance de desaparecer. El continuaba insistiendo.

¿Cuán estúpida y cruel es la ignorancia! Bresci consiguió al fin su dinero, pero al mismo tiempo perdió la buena voluntad, la confianza de sus camaradas. Ellos, nada más tenían que ver con el individuo que ponía la codicia por encima de sus ideales.

El 29 de julio de 1900 el rey Humberto fué muerto en Monza. El joven tejedor italiano, Gaetano Bresci, era quien había cometido el atentado.

Se colocó a Paterson bajo una estrecha vigilancia policial; todos los que eran conocidos por anarquistas sufrieron persecuciones y la acción de Bresci fué adjudicada a las teorías anarquistas. Como si la enseñanza del anarquismo pudiese equivaler en intensidad de fuerza emotiva a la masacre de mujeres y niños que fueron en peregrinación a tratar de ver al rey en demanda de una ayuda imaginaria. Como si la palabra verbal o escrita, aun siendo de una gran elocuencia, pudiese elevar la temperatura del alma humana al blanco candente, cual esas lágrimas de la vida, fluyendo de esas formas convulsas y agonizantes. El hombre común no se conmueve ni ante las grandes hazañas, ni ante las más hermosas teorías; mientras que aquellos cuya esencia vital es la solidaridad humana no necesitan ser llamados directamente para responder — así como el acero con el imán — contra los horribles males de la sociedad actual.

Si las modernas teorías sociales representan uno de los poderosos factores para la perpetración de los atentados, ¿cómo se conciben las violentas convulsiones en la India, donde el anarquismo apenas es conocido? Más que toda otra antigua filosofía, las enseñanzas filosóficas de los hindúes exaltan la resistencia pasiva, la ausencia de una vida material demasiado activa, el Nirvana como uno de los ideales espirituales más altos. No obstante la inquietud y la rebelión van en aumento y recientemente esta situación culminó con un acto de violencia, con la muerte de sir Curzon, ejecutado por Madar Sol Dhingra.

Si semejante fenómeno puede ocurrir en un país en el que la vida social y la individual ha sido impregnada, durante siglos, por el espíritu de la grande pasividad, se puede negar el efecto revolucionario de las iniquidades sociales sobre la naturaleza humana? No se puede dudar de la lógica, de la justicia de estas palabras:

"La tiranía, las represiones, los castigos y las pu-

niciones, aplicadas sin discernimiento a hombres de comprobada inocencia, ha sido la conducta invariable, la palabra de orden de la dominación extranjera en la India desde que comenzó el boicot comercial contra las mercaderías inglesas. ¡Ellos piensan que por la fuerza de la espada la India continuará sometida! Esta inconcebible arrogancia provocó el estallido de esa bomba y cuanto más se siga tiranizando a un inermes y desarmado pueblo, más aumentará el radio de acción del terrorismo. Podemos imprecicar contra el terrorismo como una cosa extraña a nosotros, como algo importado del extranjero, pero será inevitable mientras continúe haciendo sus estragos la tiranía — porque no son los terroristas los que deben ser condenados, sino que son los tiranos los responsables de la aparición de los mismos. Es el extremo recurso que le queda a un pueblo indefenso cuando se le oprime tanto que llega al paroxismo de su desesperación. Los tiranidas no son criminales; el crimen se halla en el tirano".

Los mismos hombres de ciencia conservadores, comienzan a comprender que no es solamente el factor de la herencia el que modela los caracteres. El clima, el alimento, las ocupaciones, el ambiente y hasta el color, la luz y los sonidos han de tenerse en cuenta para el estudio de la psicología de los seres humanos.

Si eso es verdad, mucho más sensato sería la comprobación de que los grandes abusos sociales han de tener repercusiones diferentes en los diversos temperamentos y mentalidades. ¿Cuán falaz es la estereotipada noción de que las teorías anarquistas, o ciertas enseñanzas que derivan de ellas, son responsables de todos los atentados políticos!

El anarquismo, más que toda otra teoría, avalúa la vida humana por encima de todas las cosas. Todos los anarquistas están de acuerdo con esta verdad fundamental de Tolstoi: "Si la producción de todas las comodidades implica el sacrificio de la vida humana, la sociedad podrá hacer a menos de esas comodidades; pero no podrá hacer a menos de esa vida". Esto, de ningún modo indica que el anarquismo enseña la sumisión. ¿Cómo podría ser ello, si reconoce que todos los sufrimientos, las miserias y los males fluyen de la sumisión?

Acaso algunos de los antecesores de la nacionalidad norteamericana, hace muchos años ya, ¿no dijeron que la resistencia y la oposición contra la tiranía era obedecer a dios? Y ellos tampoco eran anarquistas. Afirmando que la oposición a las tiranías es el ideal más alto del hombre. Mientras las tiranías existan, cualquier forma involucren ellas, la más profunda aspiración del hombre consiste en resistirlas y combatirlas, y esto será tan inevitable como la necesidad de respirar para la criatura humana.

Comparada con la violencia al por mayor del capitalismo y del gobierno, los atentados políticos individuales, son una gota de agua en el océano. Sólo el hecho de que unos cuantos vayan, con la acción directa, contra ellos, es la más formidable prueba del conflicto entre sus almas y las intolerables iniquidades sociales.

Como las cuerdas de un violín en grado máximo, ellos sollozan y exhalan quejas contra una vida tan inexorable, terrible, cruel e inhumana. En un instante de desesperación, esas cuerdas se rompen. Los oídos desentonados no pueden escuchar sino estridencias. Pero los que se emocionan por los gritos agonizantes, ellos comprenden su abscondita armonía; los escuchan y entonces llega el momento de cumplir con la más grande e imperiosa misión de la naturaleza humana.

Esta es la psicología del atentado político.

PIERRE RAMUS

LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA ORGANIZACION SOCIAL

1.—LA TRANSICION

Después que las grandes masas minoritarias existentes en la sociedad han declarado nula toda suerte de privilegio de la propiedad monopolizada y de la violencia estatista, comienzan los trabajos prácticos de la reorganización de la vida social.

Como base para la nueva era del anarquismo comunista vale lo siguiente:

Todos los instrumentos de producción de la sociedad no son ya propiedad de los propietarios, de los capitalistas determinados anteriormente por el Estado. Pertenecen desde ahora a los productores particulares y efectivos que los emplean, o que trabajan con ellos y gracias a ellos.

Entre esos instrumentos se cuentan las máquinas, las fábricas, las materias primas, las casas, los medios de tráfico, los medios de comunicación de toda especie. Son propiedad de los que laboran con ellos, de los que habitan en ellas.

El conjunto de los instrumentos de producción de las riquezas naturales de un país, como la tierra, los bosques, los lagos, los ríos, las praderas y los campos, los caminos y las calles, los edificios públicos, etcétera, son propiedad personal o colectiva de los que los utilizan, en tanto que están en uso; si no son empleados, sólo catastralmente pertenecen a éstos o a aquéllos, pero permanecen en erial o se les declara bienes libres de dueños sobre los cuales la comunidad tomará sus medidas para ponerlos a disposición de cada individuo según la medida de su capacidad de aprovechamiento.

Toda propiedad más allá de la posibilidad familiar, personal, etc., de utilización es prohibida y declarada injusta. No disfruta de ninguna solidaridad por parte de la comuna, ninguna suerte de consideración, fuera de la protección que el propietario de la propiedad excesiva pueda prestarle por sí mismo.

Todos los privilegios monopolistas, derechos catastrales de propiedad, cargas hipotecarias, deudas, patentes, alquileres, impuestos, toda especie de cargas públicas de naturaleza estatista son declaradas anuladas y abolidas.

Puesto que lo más importante para la sociedad es mantener la marcha normal de sus funciones en la producción y la distribución, es decir continuarla, todos los miembros de las comunas libres son invitados a realizar acuerdos según la libre iniciativa en esta o aquella dirección especial que les parezca conveniente, individual o colectivamente, para proseguir individual o colectivamente su actividad profesional y aportar los productos de la misma en intercambio común, hasta que se hayan establecido métodos mejores de acuerdos especiales con ellos.

Dinero y valor monetario, oro, plata o notas de

Banco son abolidos como en su validez, pues su persistencia exigiría un poder autoritario para imponer su privilegio sobre la población. Todos los que se rehusan, especialmente los campesinos, a trabajar sin un pago monetario, reciben el oro y la plata amontonados en el tesoro del Estado y en toda comuna. No existe ya un lugar central para los asuntos monetarios, toda impresión de moneda es paralizada, los clichés de los billetes son destruidos. Para los pagos monetarios al extranjero se recogerán las sumas necesarias por las colectas públicas voluntarias.

Puesto que cada cual posee lo suyo y sólo aquello que necesita o puede necesitar, la escasez, la irregularidad, en el aprovisionamiento, el desorden y la inseguridad en las condiciones sólo pueden ser fenómenos pasajeros del estado de transición en que se encuentra la sociedad, que desaparecen inmediatamente después de realizada la reorganización; la población es incitada por los grupos avanzados anarquistas a la conciliación, a la solidaridad y al humanitarismo, al amor recíproco y a la colaboración espontánea a fin de preparar los fundamentos ordenados de la sociedad comunista anarquista.

Como el camino más importante para ello se presenta a los ojos de todos:

Hay que ceder amable y voluntariamente a los necesitados aquello que el individuo tiene de superfluo en ese estado de la transformación; los hombres sorprendidos por la revolución social en felices circunstancias deben considerar perdidos todos los privilegios, son sólo iguales entre iguales. Lo principal es la continuación de la labor en el trabajo comenzado, la reanudación de las nuevas labores productivas.

Toda producción de armas y municiones tiene que ser paralizada por la revolución social y destruida en sus condiciones previas. Los individuos lo mismo que los cuerpos armados deben ser desarmados por la negativa a proveerlos de toda producción de armas y alimentación. Hay que destruir las municiones existentes, entregarlas como abonos artificiales a los campesinos; las armas hay que transformarlas en herramientas.

En base a los anteriores principios de acción, proclamados por las agrupaciones de los anarquistas comunistas y de todas las guildas revolucionarias de producción, que deben intervenir y proceder como modelos en todas partes, aconsejando, señalando el camino, apoyando, tiene lugar la reorganización de la sociedad, que se realiza en los siguientes rasgos fundamentales.

2.—LA FORMACION DE COMUNIDADES LIBRES

Las agrupaciones ya existentes de los anarquistas comunistas, sindicalistas, guildas y colonias, son las que dan el fundamento de la nueva organización social.

Hasta aquí la sociedad sólo conoció la *organización forzosa* como cuadro público jurídico de asociación. De ahí es que pudiera surgir la falsa concepción de que toda organización debe tener un carácter de obligatoriedad. Sí, hay muchos que ven la esencia de una organización en su estado mayor de funcionarios, en sus presidentes, en su comité, etc. y revisten estos por la fuerza de la mayoría de la asociación por ellos representada con el poder dictatorial y la autoridad. Lo último aparece a muchos como la esencia de una organización.

Sólo los anarquistas tienen desde ya otra forma de organización; es la de la *comunidad libre*. En ésta no forma el centro de gravedad una autoridad cualquiera construida por sí misma e imprudentemente, sino que es la razón de cada miembro la que decide y resuelve. Todo individuo posee su capacidad de reflexión y el derecho a la expresión pública en su sentido. La fuerza y la violencia están fundamentalmente excluidas. Si el individuo no está de acuerdo con las resoluciones de los demás, no debe someterse; no puede ser obligado a apoyar, a fomentar las empresas de los otros; éstos deben, lo mismo que él, seguir su propio camino. Este es el principio de la libertad individual, que hay que asegurar en toda organización.

Según este principio, el plan entero de la reorganización de la sociedad será ejecutado gracias a la iniciativa de los anarquistas comunistas.

Todos los que se sienten en contacto, profesional o personalmente, que poseen intereses comunes de alguna especie, se asocian. Deciden, ya individual o colectivamente realizar su trabajo, administrar sus talleres. Con esto se evita todo principio de centralismo del modo más estricto, llegan a su desenvolvimiento las formas más libres del federalismo. Sucede muy a menudo que se forman en una misma industria, en una misma organización profesional diversos grupos. Cada uno debe poder conservar su completa autonomía. Por consiguiente, es necesario que todos tengan derecho a los instrumentos de producción existentes a disposición de todos según la medida de sus fuerzas de trabajo, con los cuales puedan obrar a su modo.

No se crea que este principio de la libertad para la sociedad puede tener consecuencias desfavorables. Al contrario, es la violencia, la autoridad que proceden opresivamente, lo que lleva siempre a consecuencias funestas, tanto para los opresores como para los oprimidos. La autoridad obra en la sociedad como una peste, nada está asegurado ante su aliento de muerte. Muy diversamente obra la libertad de la asociación, de la actividad del trabajo, de la comprobación y de la decisión independiente, como el experimento altamente estimado actualmente en la ciencia, la experimentación libre, el ensayo. En la vía de la experimentación propia, positiva llega el experimentador o bien a una nueva y mejor experiencia o bien a una experiencia sólida y constatada. Esta vía es seguida generalmente en la investigación científica; tan sólo por la experiencia se logra una concepción unitaria. Toda ciencia comienza como actividad de postulados adversos, hasta que se ha establecido libremente la verdad provisoriamente valedera del conocimiento; en el mismo principio se basan las diversidades de las comunidades libres y de los grupos diversos en el anarquismo comunista.

Se forman en todas partes y para todos los grupos de las más distantes necesidades de la vida humana. Tienen su punto de partida en la comunidad familiar,

abarcan después los amigos, los conocidos, los afines en ideas y los interesados de igual modo. Todo el sistema social se convierte en una red de millares de asociaciones que encuentran en la soberanía individual su complementación recíproca. Son conexas por la simpatía, la solidaridad de los intereses y la determinación propia, independiente, que sólo tiene lugar mediante la conveniencia y la necesidad de su autolimitación.

Estas asociaciones y gildas profesionales, sindicales, artísticas, científicas, morales, estéticas en una palabra de toda naturaleza imaginable *forman la estructura esencial del fundamento de la nueva sociedad libre*. Cada una de tales asociaciones es una comunidad por sí, autónoma e independiente, que sólo está en conexión con las demás mediante las relaciones exigidas por la vida misma. Cada individuo puede ser miembro de numerosas gildas. Estas son en pequeño lo que la sociedad comunista anarquista es en grande.

El más alto elemento vital de todas las comunidades, recíprocamente garantizado, es la posibilidad de la entrada libre y la salida de cada miembro de una comunidad semejante. El individuo que se aparta de ella queda, sin embargo, en completa posesión del derecho de empleo de los instrumentos de producción individualmente necesitados. Su base de existencia está completamente segura — sobre esto se dan más adelante detalles—. La pertenencia a la comunidad es un acto de pura voluntad, completamente independiente de todas las condiciones materiales de vida del individuo. Esas condiciones son aseguradas al individuo según su capacidad física de uso, y tanto más cuanto que el ingreso o la salida no lleva a la abolición de la comunidad como tal — el hombre no puede vivir aislado, sino más bien a su renovación intelectual, técnica y física, que no puede menos de ser reanimada y fomentada por el cambio, la transformación, la integración y la descentralización, la concentración y la iniciativa individual.

La comunidad libre es la célula madre de la sociedad comunista anarquista.



P. KROPOTKIN:

EL COMUNISMO ANARQUISTA

I

Cuando en dos congresos de la Internacional, verificados, el uno en Florencia en 1876, por la Federación Italiana, y el otro en la Chaux-de-Fonds, en 1880, por la Federación jurasiana, los anarquistas italianos y los jurasianos optaron por declararse "comunistas - anarquistas", esta decisión produjo cierto revuelo en el mundo socialista. Unos vieron en esta declaración de principios un serio paso hacia adelante. Y otros tratáronla de absurda, diciendo que ella encerraba una contradicción evidente.

Es cierto, como me lo hizo notar mi amigo James Guillaume, que la expresión comunismo - anarquista o no autoritario, había aparecido ya en 1870, en el periódico de Locle, "El Progreso", en una carta de Varlin citada con aprobación de James Guillaume. En efecto; muchos anarquistas, hacia fines de 1869, convinieron en hacer la propaganda de esta idea, y en 1876 una distribución de la riqueza, basada sobre los principios del comunista anti - autoritario era reconocida como aplicable y recomendada al pueblo en un folleto de James Guillaume, "Juicios acerca de La Organización Social" (véase página 82). Mas, por las razones ya mencionadas, la idea no adquirió la difusión ansiada, y entre los reformadores y los revolucionarios que vivían bajo la influencia de las ideas jacobinas, la concepción dominante del comunismo era la del comunismo autoritario, tal como la había expresado Cabet en su "Viaje a Icaria", concepción que tendía lógicamente al comunismo de estado. El Estado, representado por uno o más parlamentos, se encargaría, decía, de organizar la producción. Y expediría, por sus órganos administrativos, ya sea a los centros industriales, ya sea a las comunas, lo que les sería acordado para vivir, producir y divertirse.

Para la producción, proponíase algo parecido a lo que está en práctica hoy día en los ferrocarriles del Estado y en los servicios postales. Lo que se hace ahora para el transporte de las mercancías y de los viajeros, sería aplicable también para la distribución de todas las riquezas y para todos los servicios de interés general. Se empezaría por socializar los ferrocarriles, las minas y las grandes usinas, y se extendería poco a poco ese sistema a toda la vasta red de las manufacturas, molinos harineros, panaderías, almacenes de aprovisionamiento y así por el estilo. Habría "legiones" de trabajadores cultivando la tierra por cuenta del Estado, mineros explotando las minas, tejedores para hacer funcionar los telares, panaderos para cocer el pan, etc., lo mismo como en nuestros días existen legiones de empleados postales o ferroviarios. Gustábase insistir en la literatura del año cuarenta sobre la palabra "legiones" (los alemanes convirtieronla en "ejércitos") para hacer resaltar el

carácter disciplinado de los trabajadores ocupados en esas industrias y dirigidos por una jerarquía de "jefes de trabajo".

En cuanto al consumo de los productos, se describía más o menos como se acostumbra en el presente a hacerla en el cuartel. Nada de hogares o casas-hoteles aisladas: sería introducida la alimentación en común para realizar economías en las cocinas y los falansterios para reducir los gastos de las construcciones. Es indudable que el soldado está hoy mal alimentado y brutalizado por sus jefes; pero nada impide, a severaban, el bien alimentar a los ciudadanos alojados en las "casas comunes", o en las "ciudades comunistas". Y puesto que los ciudadanos habrán elegido libremente sus jefes, sus economos, sus técnicos, nada les impedirá considerar a sus jefes — jefes hoy y mañana soldados — como "servidores" de la República. "El Estado servidor" era en efecto la fórmula predilecta de Luis Blanc, y también la bestia negra de Proudhon, quien, más de una vez, recreó a los lectores de la "Voz del Pueblo" con sus sarcasmos dirigidos a esta nueva etiqueta democrática del Estado (1).

El comunismo del año cuarenta estaba imbuído de estas ideas estatales, que Proudhon combatía a "outrance" antes y después de 1848; y la crítica que hiciera en 1846, en las "Contradicciones Económicas" (2.º volumen: La Comunidad), más tarde en la "Voz del Pueblo", y siempre en sus escritos posteriores, contribuyó, sin duda, poderosamente a desacreditar esta clase de comunismo en Francia. Se sabe, en efecto, que en los comienzos de la Internacional la mayoría de los franceses que tomaron parte en su fundación fueron mutualistas que repudiaban absolutamente el comunismo. Pero el comunismo de Estado fué recogido por los socialistas alemanes, que acentuaron la parte disciplinaria; fué propagada por ellos como un descubrimiento "científico", haciéndolo suyo, y en la época de que hablamos cuando se decía comunismo, entendiase el comunismo de Estado, tal como lo difundían los continuadores alemanes de los comunistas franceses de 1848.

También, cuando dos federaciones anarquistas de la Internacional se declararon "comunistas - anarquistas", esta declaración — sobre todo al ser ella hecha por la Federación jurasiana, muy conocida en Francia, — fué considerada por muchos de nuestros amigos como un gran paso avanzado. El "comunismo-anarquista" — o "comunismo libertario", como fué llamado al principio en Francia, — conquistó mu-

(1) *Obras completas: Mélanges, Articles de journaux, tercer volumen, París, 1871. Se encuentran aquí páginas admirables sobre el Estado y la anarquía, que sería interesante reproducir para darles amplia difusión.*

chas adhesiones y, puesto que las circunstancias se presentaban favorables, es de aquella época que data el predominio de las ideas anarquistas entre los trabajadores franceses.

En efecto; esas dos palabras, comunismo y anarquía, unidas, representaban todo un programa. Anunciaban una nueva concepción del comunismo, muy diferente de la que hasta entonces había sido puesta en circulación. Resumía al mismo tiempo un vasto problema, el problema de la humanidad: el que el hombre ha tratado siempre de resolver al bosquejar sus instituciones, desde la tribu comunista hasta nuestras sociedades actuales. ¿Qué hacer para solidarizar los esfuerzos de todos, de manera que pueda garantizar a cada uno el mayor bienestar posible y mantener al mismo tiempo, mejorándolas todavía, las conquistas de libertad individual adquiridas? ¿Cómo organizar el trabajo en común, y dejar sin embargo libertad completa para que todas las iniciativas se lleven a cabo? Tal fué siempre el problema de la humanidad desde los albores de su civilización. Problema inmenso que hace ahora un llamado a las inteligencias todas, a todas las voluntades a todos los caracteres, con el fin de que se le resuelva, no sobre el papel, sino en la vida y para la vida misma de las sociedades. El sólo hecho de pronunciar estas palabras "comunismo - anarquista", implica no solamente una finalidad nueva, sino también un nuevo método para resolver el problema social de abajo, por la acción espontánea del pueblo entero.

Nos impone todo un trabajo de meditación y de estudio, para conocer si esa finalidad y ese método anarquista para resolver la cuestión social — nueva para los modernos revolucionarios, aunque vieja en el mundo, es buena, realizable y practicable. Es a esto a lo que nos hemos dedicado extensamente desde entonces.

Por otra parte, la declaración comunista - anarquista levantó también objeciones formidables. Los adversarios de la anarquía — es decir, los continuadores alemanes de Luis Blanc, que se plegaron apasionadamente a su fórmula del "Estado Servidor" o "Iniciador del Progreso", — no dejaron de redoblar sus ataques contra aquellos que negaban el Estado bajo todas sus formas posibles. Comenzaron por desear el comunismo como muy viejo y gastado y propagaron, bajo el nombre de "colectivismo" y de "socialismo científico", los "bonos de trabajo" de Roberto Owen y de Proudhon, y la retribución individual de los productores, convertidos "todos en funcionarios". En cuanto a nosotros, hicieron la observación de que comunismo y anarquía "rabian de verse juntos". Porque por comunistas entendían ellos el comunismo autoritario de Cabet — el único que podían concebir — y es de toda evidencia que "su" comunismo, que implica la arquía (el poder, el gobierno) y la anarquía (sin poder, sin gobierno) son diametralmente opuestos el uno al otro. Es el uno la negación del otro, y nadie había pensado en atacarlos al mismo carro. Referente a saber si el comunismo autoritario es la única forma de comunismo posible, tampoco fué abordada esta cuestión por los impugnadores pertenecientes a esta escuela. Pasaba esto entre ellos como un axioma.

Más serias las críticas que se produjeron en el campo mismo de los anarquistas. Se repitieron aquí, sin ponerlas en duda, las objeciones que Proudhon había opuesto al comunismo, en nombre de la libertad del individuo. Y estas objeciones, aunque tenían cincuenta años de existencia, no habían perdido nada de su valor.

Proudhon hablaba en nombre del individuo, celoso de salvaguardar por entero su libertad, de conservar su independencia en su hogar, en el trabajo, en sus iniciativas, en sus estudios, en las comodidades o el lujo de que podría rodearse sin explotar a otros en una palabra. Y esta cuestión de los derechos del individuo se plantea hoy con la misma fuerza que en el tiempo de las *contradicciones económicas*.

Tal vez con más fuerza aún, porque el Estado ha extendido inmensamente su poderío después de las limitaciones impuestas a la libertad del individuo por medio del servicio militar obligatorio, por sus ejércitos que exigen millones de hombres y millares de millones de impuestos, por la escuela, por su "protección" a las ciencias y a las artes, adornada de vigilancia policial y jesuítica, y en fin por el desenvolvimiento colosal del funcionariado.

Y bien, el anarquista de nuestros días volvió a tomar todos esos argumentos. Habló en nombre del individuo rebelde a través de las edades, contra las instituciones de comunismo más o menos parcial, pero siempre autoritario, en las que la humanidad se detuvo muchas veces en el curso de su larga y dolorosa historia.

Estas objeciones no pueden ser tratadas a la ligera. No son ya disputas de abogados. Ellas han debido presentarse, bajo una forma u otra, al comunista-anarquista como al individualista. Tanto más cuanto que la cuestión puesta en juego por esas objeciones entra de lleno en este problema mucho más vasto: el de saber si la vida en sociedad es un medio de liberación o causa de esclavitudes para el individuo. Si ella nos lleva a darle más amplitud a nuestra libertad individual y a una más grande elevación de la personalidad o bien a su empequeñecimiento. Es la cuestión fundamental de toda la sociología y, como tal, ella merece ser discutida a fondo.

Y además, no es solamente un problema de ciencia abstracta. Mañana podemos ser llamados a participar de la revolución social. Afirmer que nuestra misión es solamente demoler, dejando a otros — ¿a quiénes? — el trabajo de construir, sería una mala broma.

¿Quiénes serían, pues, los constructores, sino nosotros mismos? Porque si se puede demoler una casa sin levantar otra en su lugar, no puede hacerse esto con las instituciones. Cuando destruimos una, cavamos los cimientos de la que será más tarde levantada en su lugar. En efecto, si el pueblo comienza a desalojar a los propietarios de la casa, de la tierra, del taller, no será para dejarlos vacíos: lo hará para que sean ocupados inmediatamente de una manera u otra. Y eso significará crear una nueva sociedad.

Tratemos, pues, de indicar algunos aspectos esenciales de esta vasta cuestión.

II

EL COMUNISMO AUTORITARIO. — COMUNAS COMUNISTAS

La importancia del problema que acabamos de exponer es demasiado evidente para ser discutida. Muchos anarquistas, y comprendidos entre ellos los comunistas y otros pensadores en general, reconociendo de antemano las inmensas ventajas que el comunismo ofrece a la sociedad, ven también en esta clase de organización social un peligro para la libertad y el libre desenvolvimiento del individuo.

Por otra parte, en su totalidad, la cuestión forma parte de este otro problema, tan vasto, hecho resaltar en toda su extensión por nuestro siglo: el problema del individuo y de la sociedad.

De diversas maneras se ha alejado la luz del problema. Por lo común, cuando se ha hablado de comunismo, se ha tenido presente al comunismo más o menos cristiano y monástico, y siempre autoritario que fué predicado en la primera mitad del siglo diez y nueve, sobre todo por Cabet y las sociedades secretas comunistas, y que fué puesto en práctica en ciertas comunas de América. Estas, tomando a la familia por norma, trataban de constituir "la gran familia comunista", de reformar al hombre, e imponían en ese experimento, además del trabajo en común, la cohabitación rigurosa en familia, el alejamiento de la civilización actual, el aislamiento, la intervención de los "hermanos" y de las "hermanas" en la vida física de cada uno de sus miembros.

No fué hecha distinción suficiente entre las comunas aisladas que se fundaron repetidamente durante los últimos tres o cuatro siglos, y las comunas populosas y federadas que pudieran surgir en una sociedad en vías de realizar la revolución social: entre las comunas fundadas por agrupaciones de intelectuales y de trabajadores de las ciudades, incapaces de luchar contra todas las ásperas dificultades de la vida del intrépido agricultor sobre las tierras vírgenes de América, y comunas de la misma clase, fundadas también en América, pero por agricultores: colonos alemanes, como los de Anama, o colonos eslavos, como los de Doukhobers.

Sería preciso, en mérito al interés de la discusión, examinar separadamente:

La producción y el consumo en común: sus ventajas e inconvenientes;

la cohabitación: ¿es conveniente modelarla sobre la familia actual?

las comunas aisladas en nuestro tiempo;

las comunas federadas del porvenir.

En conclusión: ¿el comunismo trae aparejado el empequeñecimiento de la personalidad? De otra manera: el individuo en una sociedad comunista.

Bajo el nombre de socialismo en general, un inmenso movimiento de ideas se ha verificado durante el siglo diez y nueve, comenzando desde la conspiración de Babeuf, por Fourier, Saint Simón, Roberto Owen y Proudhon, que formularon las corrientes dominantes del socialismo, y en seguida por sus numerosos continuadores franceses (Considerant, Pedro Leroux, Luis Blanc), alemanes (Marx, Engels), rusos (Tchermchesky, Bakunin), etc., que trabajaron ya sea divulgando las ideas de los fundadores del socialismo moderno, ya sea apoyándolas sobre bases científicas.

Esas ideas, al fijarse, engendraban dos corrientes principales: el comunismo autoritario y el comunismo anarquista, además de ciertas escuelas intermedias, que buscaban compromisos, tales como el Estado-capitalista, el colectivismo, la cooperación; mientras que en las masas proletarias daban ellas nacimiento a un formidable movimiento obrero, que tiende a agrupar la masa de trabajadores por oficios para la lucha directa contra el capital y que se torna cada vez más internacional.

Varios puntos esenciales han sido conquistados por este inmenso movimiento de ideas y esta lucha y han hondamente penetrado en la conciencia pública. Ellos son:

La abolición del salariado, forma actual de la antigua servidumbre;

abolición de la apropiación individual de todo lo que puede ser útil a la producción, la organización societaria del intercambio de productos;

y, por último, la emancipación del individuo y de la sociedad en general del engranaje político del Estado, que sirve para mantener la dependencia económica.

Sobre estos tres puntos, el acuerdo está muy cerca de establecerse; puesto que aquellos mismos que preconizan los "bonos de trabajo", o bien nos dicen (como Brousse): "Todos funcionarios", es decir, "todos asalariados del Estado o de la Comuna", admiten de que echan mano de esos paliativos únicamente porque no ven la posibilidad inmediata de realizar el comunismo. Aceptan, dicen ellos, sus compromisos como un infortunio, como lo más doloroso que podría tocarles en suerte. En cuanto al Estado, estos mismos que se mantienen partidarios de él, de la autoridad, como asimismo de la dictadura, nos dicen que, al dejar de existir las clases que hoy día tenemos, el Estado deberá desaparecer con ellas. Tal era, al menos, la opinión de los maestros del marxismo.

—(O)—

LUNA NUEVA

Amor Libre

El casamiento es un contrato asociativo entre personas de sexos diferentes, mediante cláusulas y compromisos registrados que tiene como fin resguardar intereses materiales, hecho en presencia de jueces y escribanos, ó delante de los padres — que no ejercen actualmente función civil como otrora.

La Unión Libre que los moralistas burgueses suponen ser el concubinato y la caza de la fémica como ellos hacen, sin responsabilidades y a plazo corto; la unión libre — que es el amor, libre de las manías de los códigos y de los impedimentos económicos—no es prosmicuidad licenciosa, ni poligamia (1), ni poliandria (2), ni concubinato. Es la unión monogámica (3) mantenida por el amor, y vigorizada mientras haya amor.

La sociedad vigente ha reconocido la necesidad de anular los contratos matrimoniales cuando no exista más amor. Se ha abusado, como en Estados Unidos, de esa facilidad de cambiar de esposo con el continuo divorciarse, transformando el encaminamiento para la libertad de las uniones en una forma nueva y legal de prostitución. La unión libre es la confirmación del derecho de cada uno en escoger para su felicidad y para la vida sexual el compañero que le conviene, independiente de la intervención de terceros, sin los obstáculos, los impedimentos y las manías o penas de las leyes o reglamentos cuyo fin es garantizar la manutención de la familia y dar amparo a la mujer, que no puede aún vivir sin el hombre y todavía no se emancipó de la tutela que la esclaviza moral y económicamente y le envilece también.

"Siendo equivalente el hombre y la mujer en capacidad, dice Stalkberg, deberían ser iguales en derechos y libres de disponer, a su voluntad, de sus afectos y de sus personas. Parece que la unión de los sexos debía ser la consecuencia de una atracción mutua. La estructura económica de la sociedad y los prejuicios espiritualistas estrangulan el amor por medio del casamiento".

Dice C. Malato en "La Filosofía de la Anarquía": "En una sociedad comunista, donde no hubiera privilegiados, sería enteramente natural renunciar a la indecente intrusión de un tercero, en un acto al cual

el hombre será llevado por sí, rodeado de un suave misterio" (pág. 57).

En época en que el sentimiento se confundía con la fé, podíase admitir la intervención del padre, atrayendo a los esposos con la bendición del acto. Hoy que el Estado-Iglesia lega-expulsó a la Iglesia cristiana, y el Código, que preside las palpitaciones del corazón, las perturbaciones del novio, el rubor púdico de la virgen. En el fondo nada más contrario al pudor que la declaración de un acto fisiológico a realizarse, necha a un indiferente que la registra en un grueso libro.

La Unión Libre implica la igualdad del hombre y de la mujer.

La unión legal, al contrario, no libra a la moza, aún siendo mayor, de la tutela del marido. Desgraciada de aquella, cuya buena fé haya sido sorprendida, que haya desposado un brutal ó un libertino. La ley es formal: "La esposa debe seguir al marido por todas las partes a donde él vaya a residir". Desilusionada, maltratada, no podrá dejar el domicilio conyugal, mientras la justicia (!) con mucha lentitud, no le concederá el divorcio ó separación. Como consecuencia, la mujer aniquilada por la ley entrégase por un código, al marido, busca luchar contra la fuerza y para disimular, vuélvese astuta, falsa y pérfida. En el estado de antagonismo claro o latente, despójase de todo cuanto forma el encanto del sexo. La razón y la dignidad están del lado de la unión libre, mucho mejor que al lado del casamiento; la unión libre entretiene el afecto y alimenta el amor.

No es posible en la sociedad comp está organizada, en la que la cuestión del sexo, en la mujer tiene valor mercantil y banal, y la mujer depende para todo del hombre; no es posible establecer uniones libres que no sufran de la orientación viciosa de los amancebamientos y mancebíos con que los burgueses abusan de la flaqueza y de la miseria de sus víctimas. "Será necesario para la realización de esta reforma, dice Stalkberg, que la mujer se vuelva económicamente igual al hombre, y que la educación de los hijos sea incumbencia de la sociedad. La inferioridad de la mujer no es ni fisiológica ni psicológica: es social. Su esclavitud sexual determina el vasallaje económico". (La inevitable revolución).

Dr. Fábio LUZ.—Brasil.

(Parte 3ra. del libro; traducido del portugués por el Dr. Cayafa Soca, Montevideo).

(1) El hombre que tiene varias mujeres.

(2) Práctica social que permite a la mujer tener varios maridos.

(3) El hombre casado con una sola mujer. (Notas del traductor).

— :: —

Musa proletaria

EL APOSTOL

Al camarada S. Lujosky.

Caminante que el piélogo cruzas
De la vida amarga,
Amarrado a la santa divisa
Redentora que anida en tu alma:
Sigue sin descanso, no cejes un punto

En tu obra santa;
No te importe pisar los abrojos
Que interceptan tu senda trazada;
El camino avanzado es ya mucho
Y a su término está la jornada.

Caminante: hay quien gime esperando
La santa cruzada
Que vas predicando cual otro Mesías
Henchido de amor y esperanza.
Camina, no importa el esfuerzo
Que exige tu causa:
El Destino te impuso que cumplas
Misión tan sagrada.
Y la obra gigante que forjó tu mente
Cumplida verás, que tus máximas
Enseñaron al hombre sediento
De justicia, dónde ésta se sacia.

Caminante: por la áspera senda
Que vislumbra el dolor de tu alma,
Juntos caminemos; sea de tu verbo
La potente, divina palabra,
Quien guíe los pasos de nobles espíritus
Que sueñan tu causa.
A un siglo aspiremos mejor que el vivido,
Del presente huyamos en carrera rápida...
De donde por bajo de la cuerda existen
Mil bufos de farsa...
Donde sólo viven necios insensibles
Que se mofan con risa sarcástica
Del dolor ajeno
Sin dolerse jamás de sus lágrimas.

H. Martínez Baquero.

—(O)—

Bibliografía

El caso Radowitzky

Hemos recibido este folletito, uno de los primeros ensayos jurídicos sobre el caso Radowitzky. El autor defiende la tesis de la vía presidencial del indulto para la liberación de nuestro compañero, sosteniendo que de lo contrario no quedaría más recurso que el de la solicitud de la libertad condicional del procesado después de cumplidos 20 años de reclusión, es decir, tan solo en 1930. Nosotros no hemos visto el Código penal ni por el forro; nuestra campaña se inspira en sentimientos de justicia que están por encima de todas las leyes. No sabemos, pues, a quien corresponde y cómo la liberación de Radowitzky; lo que sabemos es que todo espíritu noble y sin prejuicios estará con nosotros en nuestra demanda de la libertad del mártir de Ushuaia.

No queremos dejar pasar la oportunidad de transcribir el retrato que hace el Dr. Doll de la psicología del juez. Dice así:

Creo que es inútil pedir a los jueces que ejerciten

la facultad que les confiere el art. 13 del C. Penal: 1º por la idiosincracia del poder judicial y 2.º, porque los jueces tienen prejuicios contra los casos judiciales que se presentan como la consecuencia de la llamada cuestión social, tanto en lo criminal como en lo civil.

Con respecto a lo primero, no puedo detenerme en el examen de las características del Poder Judicial, pero sí he de hacer notar que es un lugar común en la literatura jurídica el espíritu rutinario, reaccionario, conservador que posee por lo general a los hombres dedicados a la función judicial.

¿Cuáles son las causas de que el funcionario judicial devenga generalmente el hombre más incomprensivo y menos tolerante con todo lo que significa evolución, reforma y progreso social?

¿Será tal vez al decir de Lambert, porque los jueces representan la mentalidad media de la profesión legal, y ésta ha sido siempre la mentalidad social menos permeable a los fermentos revolucionarios o aun reformistas?

En algunos países, como Norte América, habrá que buscar la causa con Henry George (hijo) en que los jueces son elegidos entre los abogados de las grandes empresas capitalistas, que no pueden menos de ser conservadores y resistirse a los cambios. O sino, diremos con Elihu Root que los abogados, y por lo tanto los jueces, por educación y por ambiente, devienen siempre celosos defensores del individualismo que considerado como principio económico, es hoy la fortaleza, cuyo sitio estrechan más y más las nuevas ideas de justicia social.

Pero no solamente esos factores externos o locales hacen generalmente del juez una fuerza estática en la sociedad: las características, las modalidades de la función judicial, producen ese misonismo en los hombres que la ejercen. Mientras la sociedad cambia incesantemente, la norma jurídica se fija mediante la ley, a través de las generaciones, en un marco demasiado rígido para abarcar ese continuo devenir social; en vano, en nombre de la equidad o del derecho natural, adquiere a veces cierta flexibilidad en su aplicación práctica, pues siempre deberá existir esa discrepancia entre la ley y la opinión pública de un momento dado, aunque sea ese momento, el mismo en que la ley se sanciona.

Nada de extraño tiene que el juez a quien le está vedado referirse a otras normas que las del derecho positivo, desconfie de toda otra voz que no sea la de la ley. Y nada de extraño tiene, que quien consagra su vida a hacerse el intérprete de la ley, especializándose en el estudio del texto, que maneja con eficacia y se adentra y se identifica en él conociendo las autoridades doctrinarias y jurisprudenciales al dedillo, termine por simpatizar con el sistema del que él resulta su mejor expositor y termine también por desconfiar de todo otro sistema legal que trate de sustituir al que tan bien él conoce. ¿Por pereza de trocar y revisar nuestras ideas? ¿O porque no deja de ser un desencanto haberse quemado las cejas en el estudio de un derecho que resulta a los ojos de los nuevos, caduco, arcáico, injusto? Sería interesante plantear el estudio del misonismo judicial, desde ese punto de vista estrictamente psicológico. ¿Cuántas sugerencias para la pluma de un jurista, que fuera también un buen psicólogo proporcionarían el análisis de la crisis de un juez que, por ejemplo, educado en el ambiente retórico, charlatanesco, semicatólico y burgués de nuestra Facultad de Derecho de hace cua-

renta o cincuenta años, en que eran autoridades José María Moreno y Estanislao S. Zebalos, se encuentra con las nuevas generaciones socialistas, reformistas, que abominan de un derecho de privilegio, enseñado por profesores de relumbrón...! Pero todo esto nos alejaría de la cuestión.

Sea lo que fuere, y dejando para otro momento las causas del misonismo judicial, lo cierto es que para quienes conocemos a los hombres de la justicia, no es una novedad ese espíritu de tradición y de respeto al colega, al Tribunal Superior y al autor doctrinario, que termina por helar con una resolución llena de arcaísmos forenses, la más cálida, la más apasionada y justiciera de las peticiones.

Pues bien; la liberación de Radowitzky, no pueden concederla hombres que de buena fe creen que un homicidio social es un hecho simple que en 1928 tiene las mismas proyecciones que en 1909, que dada su idiosincracia creen que los hechos que juzgan no tienen matices, "nuances", formas, mucho más sutiles, más inasibles que las que suelen aparecer en los papeles de un expediente. Y en consecuencia, si la liberación debe fundarse en consideraciones sobre los sacudimientos sociales ocurridos en los últimos 20 años y particularmente en que el crimen de Radowitzky, debe ser contemplado como un desprendimiento teratológico, pero asimismo derivado de corrientes de progreso, de anhelos de reforma y de justicia social reconocidos como legítimas pretensiones, es difícil que los jueces perciban esos matices, porque la aplicación diaria de la ley anestesia la sensibilidad del funcionario y dentro de los tribunales, esos hechos nuevos, esos ideales, sólo por excepción encuentran hombres que los perciban."

Publicaciones recibidas

José Ingenieros: "Los amantes sublimes" (estudio sobre el amor). Un vol. de 127 págs. Editorial Pablo Ingenieros, Buenos Aires, 1928. Precio: 1 peso.

El escritor ingenioso y ameno se manifiesta en las páginas de esta recopilación de estudios sobre el amor, que sobresalen de la frivolidad de los escritos de esta índole por una más adecuada base psicológica.

C. Villalobos Domínguez. — "La comunización de la propiedad de la tierra". 35 págs. en 8.º mayor. Buenos Aires, 1928.

Segunda edición resumida de la monografía crítica "Que la tierra debe ser confiscada y otros conceptos actuales y genuinos del georgismo".

"Eresia", primer número, abril de 1928. 32 págs. de texto. Dirección: Joe, Conti, 518 Morris Park Avenue, Bronx, N. Y.

"L'Emancipateur", órgano anarquista bimensual. Nueva serie, N.º 1, mayo de 1928. Bruselas.

"The Rising Youth, a voice of youth without the authority of age". Vol. N.º 1, mayo de 1928. (149 East 23 rd Street, New York City).

EDITORIAL "LA PROTESTA"

HISTORIA

M. Nettlau.—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873). — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.
Encuadrado en tela, \$ 2.50.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—
Encuadrado en tela, \$ 3.50.

Fernand Pelloutier y el sindicalismo.— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

En Ucrania. — *La sublevación popular y anarquista* — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Guillaume J.—

Miguel Bakunin. — Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

I La Revolución Social en Francia, tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

II La revolución social en Francia.— tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

III Consideraciones filosóficas.— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

"TEMAS SUBVERSIVOS"

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50

Malatesta Errico.—

Anarquía. — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

En el café.—Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

Conferencias. I. — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadrado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.

—Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

Los anarquistas (Estudio y réplica)— 166 págs., \$ 1.—

Nacionalismo y anarquismo.—64 págs., 1927, \$ 0.20.

UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

Mi comunismo (La felicidad universal). — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 2.
Encuadrado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

El Humanisferio. — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

A mi hermano el campesino. — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

Carta Gaucha. — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Rudolf Rocker.—

La maldición del practicismo. — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

La Ucrania revolucionaria. (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

A los jóvenes. — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Radowitzky S.—

La voz de mi conciencia. — 16 págs., \$ 0.10.

VARIOS

Certamen Internacional de "La Protesta". — 160 págs. 4.º, 1927, encuadrado en tela, \$ 2.—

Faure S.—

La falsa redención. — \$ 0.10

La dictadura de la burguesía. — \$ 0.10

La patria de los ricos. — \$ 0.10.

La podredumbre parlamentaria.—\$ 0.10

La moral oficial y... la otra. \$ 0.10

La mujer. — \$ 0.10

El niño. — \$ 0.10.

Las familias numerosas. — \$ 0.10

Los oficios odiosos. — \$ 0.10

Las fuerzas de la revolución. — \$ 0.10

La conmoción revolucionaria. — \$ 0.10

La verdadera redención. — \$ 0.10